
LA AMENAZA
SIN NOMBRE
P. DANGER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


P. DANGER
LA AMENAZA SIN NOMBRE
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

© Editorial Valenciana, 1961.

Dep. legal. V. 2303 - 1961.

Num. de Rgtro.: 4961 - 1961.

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA



CAPÍTULO I

PRUEBA NUCLEAR

El mayor Augustus Allen dio un vistazo al salpicadero, y empuñó con mayor fuerza los mandos.

-Todo normal -dijo el copiloto, contemplando hacia adelante a través del visor plástico de la cabina.

El mayor Allen asintió. Sí; todo normal.

-¿Distancia? -inquirió.

-Quinientas millas -informó el copiloto.

El inmenso bombardero de reacción seguía en el cielo su camino rigurosamente trazado, sin desviarse ni un solo metro, sobre el océano Pacífico. A su lado, cuatro cazas, también de reacción, lo escoltaban vigilantes. El copiloto consultó su reloj.

-Faltan veintiséis minutos para la hora «H» -musitó-. Llegaremos

puntuales al destino.

El mayor Allen no respondió. Miró a derecha e izquierda, a través de los cristales de la cabina, la inmaculada extensión azul del mar y volvió a apretar con fuerza los mandos.

La operación «WZ», «Plan Gatka», se encontraba en el punto crítico de su realización. A las catorce horas veintisiete minutos exactamente, el mayor Allen debería mover una palanca situada en el lado inferior de su asiento, y del vientre del avión surgiría una bomba. Una bomba que apenas pesaba cincuenta kilos, pero cuyo radio de acción se extendería hasta más de cien millas a la redonda.

El objetivo había sido fijado en el atolón flotante de Gatka, del grupo polinesio. Los estudios preoperacionales sobre el terreno habían determinado que, si el poder destructivo de la bomba era el que se esperaba, el atolón desaparecería por completo de la superficie del mar, reducido a mero polvo. Al mismo tiempo, la superficie del agua quedaría en aquel punto tan altamente contaminada de radiactividad que el menor contacto con ella sería mortal para todo ser viviente en un término mínimo superior a cuatro meses.

La nueva bomba que iba a ser experimentada en primera prueba, la bomba «W», era algo completamente distinto a lo conocido hasta entonces. No era una bomba atómica, ni termodinámica, ni de hidrógeno, ni de cobalto. Había sido designada con el nombre genérico de bomba ultra-atómica. Pero esta palabra tampoco expresaba la realidad de su naturaleza. Si tuviera que dársele un nombre apropiado, el que más le cuadraría sería el de «bomba radiactiva».

El mayor Allen no era científico, no entendía absolutamente nada de átomos ni de los subsiguientes problemas de la desintegración. No conocía en absoluto cuales eran los principios de aquella bomba. Pero sí sabía cuales serían los efectos. Y las explicaciones que sobre ello había recibido habían quedado profundamente grabadas en su cerebro.

«La bomba «W» no es una bomba de mayor alcance que las ensayadas hasta ahora -le habían dicho-. Su radio de acción no es demasiado superior a las demás. Su única diferencia es la cantidad de radiación que desprende. El atolón Gatka, objetivo directo de la bomba, será destruido completamente. Su kilómetro cuadrado de superficie desaparecerá instantáneamente de la superficie de la tierra. Desintegrado. Atomizado. Nada

de lo que actualmente lo constituye quedará entero, a salvo. Todo desaparecerá. La radiación a que estará sometida el área de alcance de la bomba será cuatrocientas veces más potente que la de una bomba atómica normal. Pero esta radiación sólo se limitará a su radio de acción; no se extenderá. Lo cual quiere decir que allí donde se deje sentir su efecto, nada quedará en pie. El atolón desaparecerá por completo y lo mismo sucederá con el agua que lo rodea. Consecuentemente al disparo de la bomba se abrirá en pleno océano un embudo de más de dos kilómetros de diámetro por tres de fondo. El agua de las paredes de este embudo se precipitará para cubrir este inmenso vacío, y producirá una ola de tan intensa fuerza, que será perceptible a más de trescientos kilómetros de distancia. La radiactividad que allí exista quedará presa en aquella agua, e irá descendiendo lentamente a través de ella hasta llegar al fondo del mar. Y en aquellos puntos el fondo del mar llegará a. adquirir una radiactividad superior en más de cincuenta veces a la que se percibió en Hiroshima instantes después de estallar sobre ella la primera bomba atómica».

El mayor Augustus Allen recordaba todo aquello. Sabía también que aquella radiactividad podía quemar a un hombre de tal forma que sólo dejara de su cuerpo un pequeño montón de cenizas. E incluso hacer otras cosas.

Otto Halbein, uno de los principales promotores de la bomba «W», lo había dejado entrever claramente en más de una ocasión. No se sabía hasta dónde podía llegar el efecto de la bomba. Los peces que habitaban aquel lugar resultarían seriamente afectados, si no muertos, por la gran cantidad de radiactividad. Pero no se sabía de qué modo serían afectados. No se sabía nada. Alrededor del atolón flotante de Gatka, formando un círculo a trecientos kilómetros de distancia, había sido instalada una red electrónica de captación, que delataría todas las formas de vida que quedaran en el interior de aquel círculo, al mismo tiempo que impediría que los peces del exterior penetraran dentro, contaminándose de radiactividad y transportándola a otras latitudes. Si en el interior del área de la bomba quedaba alguna especie viva, sería captada y estudiada, observando a fondo sus mutaciones.

Pero aquello era improbable, había dicho Halbein. Lo más seguro era que, después de la prueba, no quedara allí nada para poder ser estudiado. Que todos los seres vivientes de aquella zona, todos completamente, desaparecieran.

Y Augustus Allen tenía miedo. Había sido designado por el Alto Mando norteamericano para lanzar la bomba. Él era responsable de que la operación «WZ», «Plan Gatka», llegara a feliz término en su primera fase de lanzamiento. La bomba sería arrojada. Pero, ¿qué ocurriría después? ¿Cuáles serían las consecuencias?

El copiloto le hizo una seña, apartándole de sus pensamientos.

-Estamos llegando a nuestro objetivo, señor. Sólo faltan veinticinco millas.

Allen asintió. Se enjugó con un pañuelo las gotitas de sudor que perlaban su frente.

-Esté atento a los mandos -indicó a su compañero-. Y prepárese para aumentar la velocidad cuando se lo ordene.

«El lanzamiento de la bomba «W» marcará un nuevo jalón en la carrera atómica de los Estados Unidos -le había sido dicho-. Será un gran paso hacia adelante en el dominio de la supremacía mundial. Usted es el hombre que va a marcar este jalón, mayor Allen. Puede sentirse satisfecho por ello».

Pero Allen no estaba satisfecho. Sabía el poder destructivo que se asignaba a aquella bomba. Y aquello era, para él, una responsabilidad. Una tremenda responsabilidad.

-Informan del buque observatorio que estamos llegando a nuestro punto de destino -indicó el radiotelegrafista-. Faltan tan sólo un minuto catorce segundos para la hora «H».

Allen asintió.

-Está bien. Vaya contando el tiempo.

Por el visor delantero de la cabina se veía, allá a lo lejos sobre la azul superficie del mar, un puntito negro. Era el atolón flotante de Gatka.

-Informan del buque observatorio que el atolón se ha desviado medio cuarto de milla hacia el oeste de su anterior posición -informó el radiotelegrafista.

-Está bien. Corrija el rumbo.

El copiloto hizo un breve cálculo, y realizó lo indicado, variando ligeramente el timón de dirección. A sus espaldas, el radiotelegrafista empezó a contar a la inversa:

-Sesenta segundos. Cincuenta y nueve; cincuenta y ocho; cincuenta y siete...

Allen acercó su mano a la palanca que dejaría libre la bomba. En sus múltiples entrenamientos había hecho aquel gesto infinidad de veces, mientras una voz contaba también los segundos a sus espaldas. Pero nunca le habían temblado las manos. En cambio, ahora...

-Cuarenta y tres, cuarenta y dos, cuarenta y uno...

Allen sabía que el atolón Gatka estaba completamente desierto. No habría ninguna víctima en aquella prueba. Pero no hay ningún hombre que esté tranquilo sabiendo que va a arrojar una bomba equivalente a millones de toneladas de dinamita.

-Veintidós, veintiuno, veinte, diecinueve...

Su mano se apoyó sobre el botón blanco que remataba la palanca, y que dejaba libre el bloqueo de seguridad de la bomba. Desde el departamento inferior le llegó la voz del bombardero.

-Bomba lista en su alveolo.

El atolón corría velozmente hacia ellos por sobre la superficie del mar. A sus espaldas, el radiotelegrafista seguía contando los segundos. Allen tuvo la impresión de que iban demasiado aprisa, con demasiada velocidad. Que rebasarían el atolón antes de que el otro hubiera podido llegar a contar cero. Pero era imposible. Estaba todo controlado al segundo. No podía fallar.

-Siete, seis, cinco, cuatro...

Su dedo se apoyó con suavidad en el botón blanco, dispuesto a pulsarlo.

-Tres, dos, uno...

Al llegar al «uno», Allen pulsó el botón blanco, que dejó a la palanca libre para ser accionada.

-¡Cero!

Un fuerte impulso de la palanca hacia adelante, en un movimiento estudiado centenares de veces. Se oyó el seco chasquido del engranaje al accionar. Y por los auriculares llegó la voz del bombardero:

-Bomba despedida al segundo cero, según lo previsto. Todo sin novedad.

El mayor hizo un gesto, y el copiloto aceleró la velocidad, dando un fuerte impulso al aparato.

Allen se volvió hacia el radiotelegrafista.

-Informe al buque observatorio que todo ha salido según el plan

trazado. La bomba ha sido arrojada al segundo cero. Volamos hacia el límite del área de seguridad.

Se reclinó en el asiento, lanzando un suspiro. El copiloto le dirigió una mirada, y Allen sonrió levemente.

-Bien, nosotros ya hemos cumplido. Hemos terminado. Ahora que los demás se las arreglen como puedan.

Sacó el pañuelo del bolsillo, y se secó de nuevo las gotas de sudor que perlaban su frente.

* * *

El radiotelegrafista del buque observatorio se volvió hacia el comandante Rogers Winterthay, jefe absoluto de la parte militar de la operación.

-Están contando los segundos, señor.

-De acuerdo. Sígales la cuenta.

Se llevó los prismáticos a los ojos, y los enfocó hacia adelante. El radiotelegrafista empezó a contar:

-Cincuenta y cinco, cincuenta y cuatro, cincuenta y tres...

Winterthay se volvió hacia el equipo de hombres que tenía a su lado.

-Creo que será mejor que nos pongamos ya las gafas de seguridad.

Los demás asintieron, tomando las gafas especiales de cristal oscuro que colgaban sobre su pecho, y colocándoselas sobre los ojos. El comandante hizo lo mismo. Y el radiotelegrafista, sin cesar en su cuenta, los imitó.

Winterthay se acercó al micrófono que comunicaba con toda la nave.

-¡Atención toda la tripulación del buque! ¡Permanezcan en el interior de cada uno de sus departamentos, y colóquense los lentes de seguridad! ¡Faltan pocos segundos para el estallido!

Volvió a enderezarse, y miró al frente. Los oscuros cristales de las gafas impedían ver nada preciso a su alrededor, pero apenas serían suficientes para evitar el deslumbramiento que produciría la explosión de la bomba. El radiotelegrafista siguió contando:

-Cuatro, tres, dos, uno... ¡Cero!

Permaneció unos segundos silencioso, y luego informó:

-Han lanzado, señor.

Winterthay, al oír el «cero», había alzado su brazo, colocando la muñeca a la altura de sus ojos. El reloj, de esfera altamente luminosa, le

mostró la hora a través de las gafas. Empezó a contar él a su vez:

-Uno.

El silencio era espeso. Nadie hablaba. Todos los ojos estaban clavados hacia adelante, hacia el lugar donde había de estallar la bomba. Incluso los ojos de los que abajo, en los compartimentos interiores de la nave, estaban imposibilitados de ver el estallido.

-Dos.

El hombre que tenía a su lado le miró brevemente, y volvió a fijar de nuevo la vista al frente. El silencio seguía siendo cada vez más opresivo.

-Tres.

Winterthay no pudo resistir el impulso de levantar brevemente la vista hacia el lugar donde había de producirse el estallido. Permaneció unos segundos mirando hacia allá. Luego volvió a fijar los ojos en la esfera del reloj.

-Cuatro.

El radiotelegrafista, atento a los auriculares, levantó unos momentos la cabeza.

-Informan del aparato que acaban de salir de la zona de peligro.

Winterthay hizo un signo de asentimiento con la cabeza, sin apercibirse de que el otro, por causa de las gafas, no podía darse cuenta de ello. Cantó la última cifra:

-Cinco.

E instantáneamente, allá al frente, surgió un relámpago que apagó momentáneamente la luz del sol.

El relámpago pareció ahogar la voz de Winterthay, a pesar de que no se oyó sonido alguno por el momento. Allá enfrente, sobre la superficie del mar, en el lugar donde se encontraba el atolón Gatka, se elevó con rapidez una inmensa columna de luz y humo que hirió fuertemente los ojos de todos los que la contemplaban, a pesar de la protección de los lentes. La columna alcanzó su máxima altura, más de ocho kilómetros. Y entonces la luz empezó lentamente a decrecer de intensidad, al tiempo que la columna se iba expandiendo hacia los lados, empezando a formar la clásica seta que era el colofón de todas las explosiones atómicas.

Y entonces llegó el ruido. Entonces, cuando la explosión ya había alcanzado todo su apogeo, un trueno horrísono, mitad rugido y mitad silbido,

hirió fuertemente los oídos de todos los allí presentes. Los cascos de acero que les protegían las cabezas atenuaron aquella intensidad, pero con todo el rugido les golpeó fuertemente en los tímpanos. Al mismo tiempo, una intensa corriente de aire les azotó los rostros, haciendo bambolearse toda la mole del buque. Todos llevaron instintivamente sus manos a los más próximos asideros. El buque permaneció unos momentos inestable sobre las olas, y luego se inmovilizó.

El ruido duró unos minutos. Luego fue decreciendo escalonadamente, bajando de intensidad, hasta convertirse en un lejano trueno, un algo así como un estertor, un gemido... y desapareció.

Entonces todos pudieron dedicarse a la contemplación detallada de aquel inmenso hongo de fuego y humo que se elevaba por encima de lo que antes había sido el atolón Gatka. Era algo a la vez inmenso y estremecedor. Era la condensación de todas las energías del mundo, transformadas en una a la vez horrible y potentísima energía. Aquel gran hongo de destrucción, elevado hasta lo último de los cielos, parecía todo el conjunto de los poderes del mundo. Fuego, humo, destrucción, apocalipsis...

A medida que el hongo se iba haciendo mayor, extendiéndose hacia todos los lados, el brillo iba menguando, desapareciendo. Winterthay consultó ante él un aparato y avisó:

-Pueden despojarse ya de las gafas.

Así lo hicieron todos. Y así como les había herido los ojos el primer destello de luz del estallido, también les hirió ahora los ojos al contemplar aquella luz sin ninguna clase de protección, el poder apreciar cómo aquel resplandor, creado por los hombres, ofuscaba la luz del sol con su brillo.

-Es fantástico -murmuró alguien, con los ojos hechizados por el espectáculo-. Tremendamente fantástico.

Winterthay asintió. Pero él, en su fuero interno, cambió el apelativo. Más que fantástico, era otra cosa. Horroroso...

Otto Halbein, a bordo del buque observador, realizó durante las veinticuatro horas siguientes a la explosión todas las comprobaciones necesarias para determinar los efectos reales de la bomba. Y entregó su informe a Winterthay aquella misma noche.

El informe en sí era lacónico: confirmaba en todos sus extremos todos los cálculos hechos «a priori» por el propio Halbein. El atolón de Gatka había

desaparecido completamente, y el mar había formado en aquel lugar un embudo de agua de dos kilómetros de diámetro por tres de fondo. El agua restante, la de los lados, había invadido esta cavidad, precipitándose en ella. Alguna, la primera, por efecto de la misma bomba, también había desaparecido volatilizada, pero la que venía después logró cubrir con su masa el embudo. Y así, la mayor parte de la radiactividad había quedado aprisionada en el seno del mar por la misma agua, imposibilitada de escapar de ella.

-¿Hay alguna posibilidad de que la radiactividad submarina se extienda? -preguntó Winterthay después de leer el informe.

-En absoluto -fue la respuesta-. En esta zona del mar no hay ninguna corriente marina de importancia, y la radiactividad no tiene ningún medio de trasladarse. Permanecerá confinada en esta área del océano hasta su total extinción.

-¿Y las especies animales?

Halbein movió la cabeza.

-Lo que yo suponía. Algunas, las de los bordes de la zona afectada, han resultado atacadas por la radiactividad, pero en una escala que nosotros ya conocíamos. Las que han recibido demasiado intensamente los efectos de la bomba han quedado muertas o desintegradas por completo.

-Entonces todo ha resultado tal como se había supuesto.

-Todo... -Halbein hizo una pausa-. Absolutamente todo, no. Queda aún un punto oscuro.

-¿Un punto oscuro?

-Sí. En lo referente al fondo del mar. No sabemos qué es lo que va a suceder allá.

-¿Por qué?

-Por un motivo muy fácil. La radiactividad que ahora se encuentra en el agua, bajo la misma presión de ésta, irá descendiendo lentamente hasta llegar al fondo. Allí se irá acumulando, mezclándose con el limo marino, hasta llegar a alcanzar una intensidad insospechada. Si se tratara de una bomba de tipo corriente, esta radiactividad no sería de ninguna consideración; la que pudiera llegar al fondo apenas podría considerarse peligrosa. Pero esta vez es diferente. La radiactividad que sin duda llegará a acumularse allí será cientos de veces más potente que la otra. Y el limo, bajo aquella cantidad de

radiactividad, es indudable que sufrirá una reacción, una mutación en sus células. Ahora bien; ¿cuál será esa reacción? ¿En qué intensidad, en qué sentido y con qué permanencia tendrá efecto? La profundidad que nos separa del fondo es demasiada para poder investigarla nosotros. Temo que no llegaremos a saberlo nunca.

Winterthay asintió.

-¿No hay ningún medio de averiguarlo?

-No. Lo que suceda, sucederá bajo la ignorancia de los hombres. No podemos llegar hasta allá abajo. Y lo siento. Estoy seguro de que sería una experiencia interesante estar presente a las reacciones del limo del fondo del mar bajo los efectos de una cantidad tal de radiación. Se podrían obtener informaciones interesantes.

Y Halbein suspiró. Pero no hubiera suspirado tanto, de haber sabido lo que iba a producirse allá abajo, a más de cinco mil metros de profundidad, en un lugar donde no podían llegar los hombres.

Porque allá abajo...

Fue un fenómeno oculto, ignorado por todos. Nadie lo vio. Nadie estuvo presente en ello. El agua, negra en la inmensa profundidad, estaba completamente vacía, desierta de vida. Sin peces, sin microorganismos, sin nada vivo en su seno.

No sucedió en cosa de segundos, ni de minutos, ni de horas. Tuvieron que transcurrir días enteros antes de que empezara a iniciarse. La radiactividad del agua fue descendiendo, acumulándose en el fondo del mar, depositándose sobre el limo. Lenta, pausadamente, su intensidad fue aumentando. Y a medida que aumentaba, el limo empezó a brillar.

Transcurrieron días y más días, y el limo siguió brillando, cada vez con mayor intensidad. La radiactividad fue acumulándose en él, aumentando en su seno.

Hasta que un día...

Entonces empezó todo. Habían transcurrido trece días desde que la bomba fuera arrojada sobre el atolón de Gatka. El limo, en el fondo del mar, empezó a moverse, animado por un repentino movimiento propio.

Primero fue algo imperceptible, como una ligera sacudida. Después, empezó a elevarse, formando algo así como una giba en el fondo del mar. Y esta giba fue creciendo, haciéndose mayor cada vez. Pronto llegó a adquirir

una altura de veinte metros sobre el resto del fondo.

Y entonces, se separó del resto.

Fue un movimiento brusco. Se desprendió del limo sobre el que estaba apoyada. Y la giba pasó a convertirse en una bola brillante, fosforescente, algo alargada, con un ligero parecido a los antiguos zeppelines. El resto del limo que todavía permanecía en el fondo perdió su brillo, quedando de nuevo muerto, oscuro. Y el otro limo, el brillante, el que se había separado del resto, empezó a moverse independiente en el seno del mar, como un único ser vivo en medio de aquella desolación de muerte.

Así nació «la cosa»...

CAPÍTULO II

«UN AGENTE DESCONOCIDO»

El capitán del buque «Lissie» penetró de mal humor en la cabina del radar, requerido por el radarista.

-¿Qué diablos pasa?

El encargado de los aparatos se volvió hacia él.

-Algo muy extraño, capitán. El radar detecta una masa movible bajo nosotros, a cuatro mil metros de profundidad. Es demasiado grande para tratarse de ningún pez de los que habitan en estas profundidades, y demasiado imprecisa para tratarse de un aparato mecánico. Además, despide radiactividad.

El capitán frunció el ceño.

-¿Radiactividad?

-Sí, señor. La que se recoge aquí arriba apenas es perceptible, tan sólo trece centésimas de U.D.[1]. Pero allá abajo, a cuatro mil metros, debe ser espantosa.

-¿Por qué?

-Es una deducción fácil, capitán. Si a cuatro mil metros de profundidad existiera algo radiactivo, con una radiación de tipo normal, aquí arriba no detectaríamos absolutamente nada. Para que las radiaciones lleguen hasta aquí arriba, aunque sea en tan poca medida, es preciso que lo de abajo esté dotado de una radiactividad extraordinaria.

El capitán calló unos momentos, pasándose pensativo la mano por la barbilla.

-Hace unos quince días se realizó una prueba atómica aquí, en el Pacífico -murmuró, como resumiendo toda una serie de hechos encadenados entre sí.

El encargado del radar asintió con la cabeza.

-Lo sé, señor. Pero la prueba se realizó a más de setecientas millas de distancia del lugar donde nos encontramos situados ahora nosotros. La radiactividad no puede haber llegado hasta aquí. Al menos en esta forma.

El capitán dejó escapar un gruñido:

-¿Está seguro de que la radiactividad procede de este objeto?

-Completamente, señor. No existe lugar a dudas.

El capitán volvió a mesarse la barbilla.

-Está bien. Creo que será conveniente dar aviso de nuestras observaciones a las autoridades. Con estas cosas es mejor no arriesgarse...

El buque atómico «Jorge Washington», de la armada de los Estados Unidos, recorría el Pacífico en viaje de prácticas, con una dotación de cinco mil hombres a bordo.

El capitán del «Jorge Washington», Rudolf Spencer, se encontraba aquella tarde en su camarote, descansando de toda una noche de guardia en el puente. El mar estaba tranquilo, sin siquiera la amenaza de la más inofensiva marejadilla. En el cielo, tranquilo, sereno y radiante, nada dejaba entrever el menor asomo de lluvia. Todo estaba tranquilo.

Sin embargo...

El capitán fue despertado por unos golpes en la puerta de su camarote. Rápidamente se puso en pie y abrió.

Un marinero apareció en el umbral.

-¿Qué sucede?

Después de cuadrarse en el saludo reglamentario, el marinero informó:

-Le reclaman en el puente, capitán. Con urgencia.

-Está bien; voy ahora mismo.

Volvió a cerrar la puerta, y se vistió con rapidez. ¿Qué demonios sucedería allá arriba para que le molestaran en pleno descanso? El viaje se desarrollaba con toda placidez y normalidad. No comprendía que pudiera estar ocurriendo algo inusitado. Al menos por ahora.

En pocos segundos se trasladó al puente de mando. Allá arriba estaba reunida casi toda la oficialidad. Al entrar el capitán, todos se cuadraron.

-¿Qué es lo que sucede, señores? -indagó.

El contramaestre se destacó del grupo.

-Se trata de radiactividad, señor -informó sin ningún rodeo-. Hace como una media hora que empezamos a detectarla. Y desde entonces ha ido en aumento progresivamente.

El capitán arrugó el entrecejo.

-¿Radiactividad... propia?

-No, señor. Proviene del mar. Concretamente, de un objeto no identificado que se encuentra ahora a unos tres mil quinientos metros de profundidad bajo de nosotros.

La cara del capitán del «Jorge Washington» se convirtió en el más fiel reflejo de la estupefacción.

-¿Qué es lo que dice?

-La verdad, señor. Si desea comprobarlo personalmente...

Los dos hombres salieron del puente de mando, trasladándose a la cabina de radar. El contramaestre se acercó a la pantalla, y el capitán lo imitó.

-Observe, señor -indicó el oficial.

El capitán Spencer se inclinó sobre la circular pantalla. La raya luminosa del radar iba dando vueltas, y cada vuelta dejaba una señal luminosa en un punto determinado.

-Esto es, señor. La primera vez que lo detectamos, se encontraba a una profundidad de cuatro mil metros. Desde entonces ha ido ascendiendo gradualmente. Y a medida que ascendía, aumentaba perceptiblemente la radiación.

El capitán asintió.

-¿Se encuentra inmóvil?

-No, señor. Nos sigue.

El capitán levantó vivamente la cabeza.

-¿Qué diablos dice?

-Sigue al barco, señor. Lo hemos comprobado.

El capitán Spencer hizo un gesto de escepticismo.

-Supongo que se tratará de una coincidencia de rumbos, ¿no? Tal vez las direcciones sean idénticas...

-No, señor. Hemos cambiado un par de veces de rumbo, y «eso» ha virado cada vez con nosotros.

El capitán calló unos momentos. Sus ojos se fijaron en la pantalla de radar, y después en el contramaestre.

-¿Se trata de algún aparato, sea de la clase que sea, construido por manos humanas?

-No, señor. Al menos así lo indican los resultados de nuestras investigaciones. No es metálico, y su forma es imprecisa, poco definida. Diría más que se trata de algo orgánico, móvil, gelatinoso. Si me permite hacer una comparación, diré que tiene todas las características de una gigantesca ameba.

El capitán abrió la boca para decir algo. Pero se vio interrumpido bruscamente por la llegada de un marinero.

-Un mensaje urgente, señor. Ha llegado por radio desde Washington.

Spencer tomó rápidamente el pliego, lo desdobló y leyó su contenido. Permaneció unos momentos con la vista fija en el papel. Luego, la levantó y la fijó en el contramaestre.

-¿Señor? -indagó éste.

El capitán volvió a doblar el papel.

-Un mensaje desde Washington. Informan que un buque mercante, el «Lissie», ha advertido hace unas horas, a cuatro mil metros de profundidad, un objeto de forma imprecisa, desconocido, que despedía radiactividad en una intensidad tal que podía ser captada desde la superficie. Las órdenes son que investiguemos. Y la posición que nos dan del buque es apenas a unas cien millas de distancia del lugar que ahora ocupamos nosotros.

El contramaestre calló. El capitán volvió a dirigir una mirada hacia la pantalla de radar, que continuaba detectando un punto luminoso, ahora a tres mil doscientos metros de profundidad. Hizo una inspiración profunda, y murmuró:

-Está bien. Vamos a investigar...

* * *

El comandante Sloper, del Estado Mayor Naval, tomó el informe recibido y lo leyó por enésima vez.

En sí, el comunicado oficial era parco en palabras. Informaba, de forma escueta, de las llamadas recibidas del buque «Jorge Washington» antes de quedar, de repente, totalmente silencioso.

La relación de llamadas, con sus horas respectivas, era la siguiente:

14,30.- Confirmación de haber recibido mensaje con las órdenes oportunas, e indicación de encontrarse encima mismo del objeto no identificado. Anuncio del comienzo de las investigaciones.

14,45.- Informe de que la radiactividad perceptible en la superficie asciende gradualmente, a medida que la profundidad del objeto no identificado disminuye por propios medios.

14,56.- Informe de que la radiactividad asciende a más de una U.D. Se cierran las compuertas estancas de seguridad antirradiactiva como medida de precaución. Las investigaciones continúan dentro de lo posible.

15,10.- Anuncio de que la radiactividad es superior a las siete U.D. Las compuertas estancas se hacen inservibles. El objeto no identificado se

encuentra en aquellos momentos a mil doscientos metros de profundidad.

15,18.- Los tripulantes de la nave han tenido que vestir sus trajes de protección contra emergencias, a pesar de lo cual la radiación llega hasta ellos, aunque de momento en forma atenuada. Se les envía orden de abandonar aquel sector a toda marcha. La respuesta informa que es inútil. El objeto no identificado les sigue.

15,22.- Informe de que los tripulantes empiezan a caer, víctimas de la radiación, que asciende ahora a catorce U.D. en el interior del buque, cerrado con las compuertas de seguridad. El radar indica que el objeto no identificado, fuente de todo aquello, se encuentra bajo ellos, a una profundidad de ochocientos metros.

15,23.- Cese total de las comunicaciones.

El comandante Sloper dejó el informe sobre la mesa, y levantó los ojos hacia el hombre que tenía ante él.

-Me resisto a creerlo -murmuró-. ¿Qué clase de «objeto no identificado» puede ser éste? Parece un absurdo.

El mayor Agnus Sage, cuadrado firmemente ante él, hizo un gesto de impotencia.

-Sí, señor. Pero los informes son irrebatibles.

-Me lo supongo. ¿Se ha intentado establecer de nuevo contacto con el «Jorge Washington»?

-Sin descanso, señor. Y también sin resultado.

Sloper se puso en pie. y empezó a pasear por el despacho.

-Esto es un espantoso absurdo, mayor -murmuró-. Si a una profundidad de ochocientos metros, y con la protección de las compuertas de seguridad, este tal «objeto no identificado» puede emitir una radiación de catorce U.D., no quiero pensar cuál será el verdadero poder radiactivo de esta «cosa».

-Yo puedo informárselo, señor. Se ha calculado y...

El comandante Sloper levantó una mano.

-No, no me lo diga. No quiero saberlo. Me basta imaginármelo yo mismo.

Siguieron unos momentos de silencio. El comandante miró unos instantes por la ventana del despacho. Luego, se volvió bruscamente hacia el mayor.

-Mayor Sage -ordenó-, el asunto es muy serio. Necesito saber exactamente lo que ha sucedido con el «Jorge Washington», y a ser posible la naturaleza de este «objeto no identificado». Tome bajo su mando un equipo de helicópteros, y diríjase inmediatamente hacia la última posición que dio el buque. Investigue. Tráigame una respuesta concreta.

-De acuerdo, señor.

-Y sobre todo llévese protección contra la radiactividad y contadores para medirla. No quisiera que le sucediera nada desagradable, mayor. ¿Entendido?

-Completamente, señor. A sus órdenes.

El mayor saludó militarmente, dio media vuelta, acompañándose de un seco taconazo, y salió del despacho.

* * *

El piloto del helicóptero se ajustó los auriculares y miró hacia adelante.

-La radiactividad va en aumento, señor.

Sloper, a su lado, observó el contador. Media U.D. Y la aguja encarnada, oscilando, avanzaba por momentos.

Se ajustó la escafandra protectora, y observó la carta marina que tenía ante sí.

-Siga adelante -ordenó-. Estamos llegando a la última posición dada por el «Jorge Washington».

El piloto asintió. De pronto señaló hacia adelante.

-¡Allí está, señor! Se ve un punto negro a la deriva.

El mayor siguió rápidamente la dirección señalada por el otro, y observó entre las nubes un punto negro que dejaba tras sí una breve estela vacilante. Sí, era un buque. Y parecía el «Jorge Washington».

-Descienda -ordenó.

El piloto movió el aparato, lo ladeó, e inició un descenso. El mayor Sage tomó el micrófono.

-Atención todos los aparatos. Permanezcan en sus sitios respectivos, en espera de nuevas órdenes. ¿Entendido?

Las respuestas le fueron llegando una tras otra de los restantes aparatos que formaban la dotación. El helicóptero en el que él iba fue descendiendo lentamente. El piloto observó:

-La radiactividad se hace peligrosa, señor.

Sage levantó la vista y la posó en el indicador. Dos U.D. Y se encontraban a quinientos metros sobre la superficie del mar.

-Envíe una sonda -ordenó.

El piloto movió una palanca. A un lado del aparato se oyó un silbido, y un pequeño objeto cilíndrico, unido por un cable al aparato, cayó al mar.

-La sonda está enviada, señor -indicó el piloto.

Sage clavó la vista en el indicador de radiactividad. La aguja sufrió un brusco salto hacia adelante. Un salto demasiado considerable. Dieciocho U.D. Cerró los ojos. No. Era imposible que pudiera existir una cantidad tal de radiactividad en aquel punto.

Miró hacia abajo. El buque permanecía abandonado en medio del océano, inmóvil, con indicios de estar desierto. La sonda había caído en el mar, a unos treinta metros del costado de babor del buque, y permanecía allá, registrando la radiactividad.

-Acerque un poco el aparato al barco, lateralmente -ordenó Sage al piloto.

Éste hizo lo indicado, y la sonda le siguió, hasta chocar contra el «Jorge Washington». La radiactividad sufrió un aumento de cuatro décimas de U.D.

Sage no quiso saber más. Con aquello había demasiado. Dio una nueva orden al piloto:

-Elévese. Hasta un punto donde la radiactividad no pueda alcanzarnos en absoluto.

El helicóptero volvió a remontarse, y Sage recogió la sonda. La radiactividad que había quedado adherida a ella ascendía a media Unidad de Peligro.

Cuando llegó a la altura donde se encontraban los otros aparatos, tomó el micrófono, y dictó una orden general: los aparatos, se quedarían allá, patrullando el navío a la deriva, y vigilando que ningún otro barco se acercara demasiado a él. Luego ya recibirían nuevas órdenes.

Cuando los aparatos se perdieron entre las nubes, descendiendo ligeramente hacia el mar, Sage se reclinó en el asiento.

-Regrese a la base -indicó al piloto.

Y suspiró. La cosa era demasiado inexplicable como para poder hallar

una solución lógica, se dijo. Y sin embargo los acontecimientos eran reales, irrefutables.

Recordó la observación que hiciera el buque «Lissie» al retransmitir su primer informe: la cosa parecía tener alguna relación con la prueba nuclear efectuada en el atolón de Gatka quince días antes. La cosa. Y sin embargo, lógicamente, no podía tener relación ninguna con ello. Existía una distancia de ochocientas millas separando ambos lugares. Y ochocientas millas eran demasiado.

Cuando regresó al cuartel general del Estado Mayor Naval, el comandante Sloper le aguardaba impaciente. Sage tenía muchas ideas en la cabeza. Quizá demasiadas. Pero se limitó tan sólo a consignar en su informe que el buque «Jorge Washington» se encontraba flotando a la deriva, indicar su situación, las presunciones de que se encontraba desierto, la imposibilidad de acercarse demasiado a él por estar cargado de radiactividad, y la medida de ésta. Y al final consignó tan sólo que los motivos de todos aquellos hechos no podían ser comprobados, al menos por el momento, y que tan sólo podía afirmarse que habían sido causados por «un agente desconocido».

Y cuando en el Pentágono, después de estudiar el caso, se decidió crear una Comisión Investigadora de los hechos, desligando de ello a la Marina, el mayor Sage dejó escapar un suspiro de alivio. Porque aquello era demasiado sorprendente, demasiado extraño para tener una explicación lógica y natural. Y preveía que el asunto del «Jorge Washington» y del «agente no identificado» iba a convertirse en una verdadera pesadilla, no sólo para los Estados Unidos, sino para el mundo entero.

Y su juicio no estaba del todo desencaminado con respecto a la verdad...

CAPÍTULO III

EXPLORACION SUBMARINA

El capitán Kenneth Williams se detuvo unos momentos ante la puerta del edificio. Dudó brevemente. Luego, armándose de resolución, penetró decididamente en él.

Hacía tan sólo unas horas que había recibido la comunicación oficial en la que se les agregaba, a él y a su submarino experimental, a la Comisión Investigadora del asunto «Jorge Washington» por tiempo indefinido. Sabía que aquello representaría para él trabajo, trabajo y más trabajo. Y no le gustaba.

Ante el despacho del mayor Convair, jefe encargado de la Comisión, habló unos momentos con la secretaria. Ésta le hizo aguardar un poco y, después de intercambiar unas frases por el intercomunicador, le invitó a que pasara.

En el despacho el mayor Convair, un hombre bajo, entrecano, luciendo sobre su labio un poblado bigote gris, se levantó al verle entrar.

-¿Capitán Williams?

Kenneth asintió. El hombre le tendió una mano, y le invitó a que se sentara.

-Le habrá sorprendido sin duda este repentino traslado, ¿verdad? -preguntó.

-Pues a decir verdad... Sí, he de confesarle que un poco. No es corriente que toda la dotación de un submarino experimental sea trasladada a un cuerpo como éste. Además, el «Kraken» ya tenía un destino fijo en la armada.

-Y lo sigue teniendo, capitán. El traslado a este... llamémosle cuerpo, aunque por tiempo indefinido, es sólo temporal. Luego volverá a su base.

Kenneth asintió.

-Sí, me lo supongo. ¿Puedo saber los motivos de este repentino traslado?

-Por supuesto -Convair juntó las manos encima de la mesa-. Usted debe haber oído hablar algo sobre lo del «Jorge Washington», ¿verdad?

-Lo normal. Habladurías solamente. Se habla mucho sobre ello, pero nadie sabe decir nada en concreto.

-Sí. Lo hemos mantenido en secreto, pero no se ha podido evitar que

el asunto trascienda un poco. Los rumores de la gente no pueden apagarse así como así.

-Se dice que en el asunto hay un misterio insoluble, ¿es cierto?

Convair asintió con la cabeza.

-Le ruego -observó-, que no divulgue a nadie nada de lo que voy a decirle ahora. Es un secreto militar. Con todo, le diré que sí, que en lo sucedido con el «Jorge Washington» hay un misterio insoluble. Más de lo que puede imaginarse la gente.

Kenneth Williams enarcó las cejas, en ademán interrogativo. Y Convair procedió a explicarle todo lo que sabía desde la llamada del buque mercante «Lissie» hasta el descubrimiento del «Jorge Washington» en medio del océano, desierto y a la deriva.

-Cuando se supo aproximadamente lo que sucedía -prosiguió-, el Gobierno vio que la cosa era más importante de lo que parecía, y decidió crear una Comisión investigadora. Así nació este Departamento.

-¿Y bien?

-Nosotros empezamos haciendo lo que el comandante Sloper no se atrevió a efectuar directamente; es decir, intentamos averiguar lo que había sucedido en el buque.

-¿Y se logró averiguar algo?

-Apenas un cincuenta por ciento. El buque permanecía a la deriva, abandonado en medio del mar. La dotación que lo componía era antes de cinco mil hombres. Pues bien; después de una investigación detenida, pudimos hallar tan sólo cinco mil cadáveres. Casi podría decir cinco mil cenizas de cadáveres. Todos ellos habían muerto a causa de radiaciones. Y he aquí a lo que quedaron reducidos.

Le tendió una fotografía, y Kenneth la observó. Sintió un frío extraño recorrerle la espina dorsal al contemplar «aquello». La fotografía mostraba un «algo» espantosamente arrugado, requemado, reseco. Sus medidas no pasarían de unos cuarenta centímetros de largo por tres de ancho, y apenas se podía adivinar una forma vagamente humanoide. Era casi imposible pensar en «aquello» como en el cadáver de un hombre.

-Como «esto» hallamos cinco mil -dijo Convair-. Era lo que quedaba de toda la tripulación del «Jorge Washington». Espantoso, ¿verdad?

Kenneth afirmó. El mayor volvió a tomar la fotografía, y la depositó

de nuevo sobre su mesa.

-Todavía hay más -continuó-. El agente desconocido que causó esta matanza fue la masa que advirtió primero el «Lissie» a cuatro mil metros de profundidad, y después el propio «Jorge Washington». Pero no fue ella directamente la que motivó las muertes. Porque, a lo que hemos podido deducir, esta «masa» no se acercó al buque desde las profundidades con la intención de matar a sus tripulantes, sino con otra muy definida.

Kenneth enarcó las cejas, y Convair continuó:

-Fíjese bien en una cosa. Todas las muertes se produjeron cuando los hombres se encontraban en plena labor. Cuando los hallamos, los motores funcionaban, las antenas de radar, sonar, radio y telegrafía estaban en movimiento... «Pero el barco iba a la deriva». ¿No le dice nada esto?

No esperó contestación. Antes de que el otro pudiera decir algo, se inclinó sobre la mesa y continuó:

-Eso es lo más sorprendente del asunto, capitán. Porque, ¿sabe cuáles fueron los motivos de todo esto? Repito que todos los aparatos funcionaban perfectamente, no había ningún fallo en su mecanismo. Pero el «Jorge Washington» es un buque atómico. Necesita de las radiaciones del uranio para poder navegar. ¡Y en sus motores no se halló ni un solo miligramo de este material!

Un espeso silencio siguió a estas palabras. El mayor Convair se dejó caer hacia atrás en su silla. Kenneth balbuceó:

-Pero... eso significaría...

-Sí, capitán; sé lo que quiere decir. Y eso es lo más encerebrador del asunto. Porque decir eso es lo mismo que decir que el extraño objeto que detectaran los aparatos del «Lissie» y del «Jorge Washington» fue el que hizo desaparecer el uranio. Lo cual trae consigo la consecuencia de que si atacó al «Jorge Washington» (pero, ¿podemos verdaderamente decir que lo «atacó»?) fue precisamente para apropiarse del mineral. Y todo esto trae como conclusión final que ésta extraña masa es algo dotado con vida e inteligencia propias, ya que los aparatos demostraron que no podía tratarse de un aparato fabricado por manos humanas. Y ahora surge la pregunta: ¿existe en el mundo algún ser inteligente, animal o vegetal, capaz de poder asimilar en su cuerpo una radiación tan grande como la que desprendía este extraordinario objeto, y lograr apoderarse del uranio contenido en el fondo de la pila atómica de un

buque como el «Jorge Washington»?

Un nuevo silencio, tan espeso como el anterior. Kenneth sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos, ofreciendo uno al mayor y encendiendo otro. Quedó unos momentos pensativo, acariciándose lentamente el labio inferior. Dejando a un lado las explicaciones recibidas, preguntó:

-¿Puedo saber con exactitud cuál es el papel que se me ha encomendado en este asunto?

-Por supuesto que sí. Desde que supimos la extraña naturaleza radiactiva de esta «cosa» (la hemos llamado así, ante la imposibilidad de darle algún otro nombre más expresivo) pensamos en la explosión atómica que tuvo lugar anteriormente en el atolón de Gatka. Recurrimos al profesor Halbein, y su respuesta fue expresiva: no había nada que imposibilitara la relación entre ambos sucesos. Ahora bien, para poder determinar exactamente la naturaleza y condiciones de esta «cosa» no nos bastan los datos que tenemos. Necesitamos algo más sólido y más preciso. Su aspecto, su masa, sus características... Su descripción, alguna fotografía... Todo lo posible sobre «ella». Por eso hemos recurrido a usted.

Kenneth asintió.

-Entiendo.

-Le hemos seguido la pista a esta «cosa» desde el «Jorge Washington», guiándonos por el perceptible rastro de radiactividad que deja a su paso. Hemos situado actualmente su posición a cuatrocientas millas aproximadamente de la costa occidental, y a una profundidad de unos tres mil metros.

-Y lo que tengo que hacer yo es sumergirme, sacarle alguna fotografía a «eso», mirarlo bien para poder dar una descripción aproximada de ello, y volver a la superficie.

-Exacto.

-¿Ha pensado en que la radiactividad que, según sus informes, tiene esa cosa hace inútiles cualquier intento de protección con trajes de seguridad, y lo más que podré acercarme a ella son mil quinientos metros?

-Sí, lo sé. Pero puedo decirle algo más. El profesor Halbein, como consecuencia de sus investigaciones sobre la bomba «W», ha logrado crear un nuevo tipo de traje de protección capaz de resistir hasta veinte U.D. como máximo. Una, cantidad considerable de radiación. Teniendo en cuenta los

informes que poseemos, podemos calcular que la radiactividad de «la cosa» ha de ser de unas veinticinco U.D. Queda un margen muy pequeño entre los dos. Por lo tanto, podrá acercarse a ella mucho más de lo que sería natural.

Kenneth sonrió.

-Veo que está todo previsto.

-Sí. Y esperemos que los resultados sean tan previsibles como los medios que tenemos para conseguirlos.

* * *

Kenneth Williams estaba al mando de un submarino experimental, correspondiente al nuevo cuerpo de investigaciones submarinas creado por la marina de los Estados Unidos. El submarino, el «Kraken», como se le había bautizado, era un nuevo modelo que podía alcanzar con facilidad profundidades de dos a tres mil metros, por lo que se dedicaba casi enteramente a la exploración de fondos marinos y rescate de pecios interesantes.

Williams, además de capitán del «Kraken», era un experto biólogo. Su principal afición, al lado del deber, era la ictiología. El «Kraken» había servido para atrapar a centenares de peces de las profundidades, algunos de ellos verdaderos monstruos, cuyo estudio y clasificación había sido un paso bastante grande en el conocimiento de las Ciencias Naturales.

A bordo del «Kraken», aquel mismo día, Kenneth recibió la visita del profesor Otto Halbein, que realizaría también el viaje en el submarino. Y con él, llegó el traje antirradiactivo.

A primera vista, más que una escafandra submarina, este traje parecía un verdadero traje espacial. Su interior estaba acolchado, y el exterior reforzado enteramente de placas metálicas para resistir la enorme presión de los bajos fondos marinos. Las articulaciones de brazos y piernas eran sumamente complicadas, y las manos no disponían de guantes, sino que estaban cubiertas totalmente por el brazo metálico del traje, rematado por un aparato macizo que accionaba una serie de tres garfios en sustitución de éstas. Kenneth conocía el motivo de aquel detalle: las articulaciones de los guantes, por lo pequeñas, serían siempre un punto débil en e! refuerzo del traje, incapaz de aguantar la presión. No resistirían.

El profesor Halbein le indicó los distintos mandos del traje, mostrándole los diversos dispositivos de manejo. Le señaló el cinturón de

mandos, mostrándole los diversos aparatos que contenía. Luego, en el casco, le mostró el foco frontal, y una pequeña protuberancia ocular, con apariencia de un nuevo foco diminuto.

-Es una cámara fotográfica -aclaró-. Está especialmente construida para fotografiar objetos altamente radiactivos, sin que las placas se velen en lo más mínimo. La empleamos para fotografiar las pruebas de la bomba «W», y su resultado fue magnífico. Si puede fotografiar... «eso», obtendremos un gran resultado.

-No se preocupe. Lo fotografiaré.

Halbein dijo que así lo deseaba, y que varias cosas de importancia capital dependían del resultado de aquel experimento.

Poco tiempo después, el submarino, debidamente equipado, emprendía su marcha hacia el lugar donde había sido localizada últimamente «la cosa».

Durante el camino, distintos partes radiados de los buques que seguían la pista fueron indicándoles los cambios de posición de ella. Mientras, Kenneth pasó el tiempo estudiando el manejo completo del traje, y haciendo diversas prácticas de ejercitamiento con él. El cinturón del traje, además de los mandos, contenía un detector automático, espectrógrafo, contador de radiactividad, provisto de una pequeña sonda móvil, etcétera. Al final, consiguió sentirse en él como en su propia casa.

Y por aquel entonces llegaron ya al lugar designado como límite de seguridad para el submarino.

El buque que, desde la superficie, seguía los movimientos de «la cosa» les había facilitado su última posición, y el submarino había apuntado rectamente su proa hacia ella. No habían tardado en empezar a oír las señales indicadoras de la presencia de radiactividad, y Kenneth ordenó un paró completo de los motores.

-Si la radiactividad aumentara -indicó-, vayan retrocediendo de acuerdo con ella, manteniéndose siempre en el exterior del área de peligro. ¿Han comprendido?

Collins, el segundo de a bordo, que se encontraba a su lado, asintió. Kenneth se volvió hacia el radiotelegrafista.

-Esté atento. Comunicaré con el submarino cada diez minutos por radio, indicando las novedades. Respondan con un «recibido», caso de que no

tengan nada que comunicarme. ¿De acuerdo?

El hombre asintió, y Kenneth se dirigió hacia el compartimento donde se encontraba el traje, ajustándoselo al cuerpo con ayuda del propio Halbein y dos hombres de la tripulación. Comprobó el funcionamiento de todos los aparatos, y se dirigió hacia la esclusa estanca.

-Suerte -le deseó Halbein.

-Gracias. Procuraré tenerla.

Pasó a la esclusa estanca, y tras igualar su presión con la del exterior del submarino, abrió la compuerta de salida. El impulsor le lanzó al mar, y de repente se encontró de la luz azulada que iluminaba la esclusa, en medio de las tinieblas absolutas del fondo marino. Tan sólo una tenue claridad flotaba en torno a él, emanando de su propio traje, tratado con una sustancia de alto poder de fosforescencia.

Encendió el foco frontal de su casco, y lo hizo girar a su alrededor. A poca distancia, unas débiles lucecitas titilantes recorrían de proa a popa el casco del submarino, marcando su situación. Comprobó los instrumentos. Profundidad, tres mil metros. Temperatura interior del traje, quince grados. Temperatura exterior, un grado. Hora, las doce y veintiocho minutos.

Conectó la pequeñísima emisora de radio de su cinto, y lanzó la señal. Al otro lado, desde el submarino, no tardaron en emitirle la respuesta.

-Aquí Williams -comunicó Kenneth-. Salido sin novedad. Me dirijo hacia el lugar que ocupa «la cosa».

Encendió el pequeño propulsor que llevaba adosado a la espalda, un motor tubular a hélice, y se proyectó hacia adelante a través de las oscuras aguas.

Consultó el contador de radiactividad. A medida que avanzaba, la pequeña aguja escalaba la sucesión de números rojos del indicador. No tardó en llegar a una Unidad de Peligro. Y entonces Kenneth advirtió cómo a su alrededor los escasos peces parecían estar borrachos, se movían imprecisamente, y terminaban todos por ir hacia el fondo. La radiactividad los afectaba, matándolos.

Siguió adelante, impulsándose por el motor. El contador señaló dos Unidades de Peligro. Luego tres, cuatro, cinco...

El radar automático empezó a funcionar, detectando algo ante él, un poco hacia la derecha. Se movió hacia allí, variando ligeramente su rumbo.

Indudablemente se trataba del objeto que perseguía. El foco frontal dejaba escapar su lechosa luz, que acababa por morir pocos metros más adelante. A su alrededor no se divisaba ningún pez ya. El contador señalaba doce U.D. Se iba acercando a su objetivo.

Pronto empezó a divisar, allá delante, una ligera luminosidad, como de algo que brilla intensamente. Aumentó la potencia del motor, y la luminosidad fue haciéndose más intensa por momentos. El contador señalaba diecisiete U.D. El detector automático del radar mostraba que allí delante se encontraba el objeto que había señalado. ¿Sería aquello «la cosa»?

Siguió avanzando. La luminosidad se fue precisando, transformándose en algo más concreto. La fosforescencia de algún objeto determinado. Algo más que un simple brillo.

Bajó la vista, y la fijó en el contador de radiactividad. Señalaba ahora dieciocho U.D. Luego, a medida que seguía avanzando, marcó diecinueve. Luego, veinte.

Entonces detuvo el motor, y se estacionó allí. Había llegado al límite que podía llegar. Levantó la vista, enfocándola hacia adelante.

Y entonces «la vio».

CAPÍTULO IV
«LA COSA»

La vio claramente, incluso mucho más cerca de lo que hubiera podido imaginar. Estaba allí, delante de él, apenas a unos veinte metros de distancia. Flotaba en el agua, indolentemente, abandonada, al parecer inmóvil. Su fosforescencia disipaba completamente las tinieblas de sus alrededores, transformándolas en una intensa luminosidad.

Era enorme, de más de veinte metros de diámetro, y completamente informe. Una masa que no tenía forma ni contorno definido, pero que no obstante existía, era «algo». Algo vivo y consciente, que había llevado a la muerte a cinco mil hombres por unos gramos de uranio...

Kenneth llevó rápidamente la mano al accionador de la cámara fotográfica adosada a su traje, disparando cinco placas. Dos con foco normal, otra con cinco aumentos, otra con diez y otra con veinticinco. Sus ojos, no obstante, no se movieron. Permanecían fijos en aquella masa que tenía ante él, observando hasta su más íntimo detalle.

Y en aquel momento, la masa se desplazó bruscamente hacia él.

Hasta entonces, había permanecido flotando, casi inmóvil en el agua, como alguno de estos peces que, agitando levemente sus aletas, se inmovilizan en un determinado lugar de las aguas marinas. Y de pronto, también como alguno de estos peces, se lanzó bruscamente hacia adelante, hacia él.

Kenneth no precisó de mucho tiempo para darse cuenta de ello. La distancia era demasiado escasa. El contador de radiactividad dio un salto hacia adelante, y en el interior del traje hermético un timbre repiqueteó junto a sus oídos, dando la señal de alarma. La radiactividad había pasado bruscamente a ser peligrosa para él, aun tras la protección del traje.

No vaciló. Sus reflejos eran tan rápidos como sus propios pensamientos. Al ver que la masa se le echaba encima, su mano acudió rápidamente a los mandos del motor, poniéndolo en marcha inversa. Instantáneamente se sintió empujado hacia atrás, y de nuevo volvió a distanciarse de la masa.

La luminosidad decreció un poco mientras se alejaba de «la cosa», y el contador volvió a descender. El timbre dejó de repiquetear en sus oídos. Detuvo el motor, y volvió a mirar hacia adelante. Había vuelto a recuperar la

distancia perdida, e incluso la había aumentado. Ahora, entre el objeto y él, existiría al menos una distancia de unos cien metros.

Miró hacia adelante. La masa, frente a él, parecía haberse inmovilizado de nuevo. El contador permanecía también inmóvil. «La cosa» se había detenido.

Kenneth recordó las palabras del mayor Convair en la entrevista que sostuvieron: «tendremos que admitir que esta «cosa» es inteligente». Primero parecía haberse detenido, ya que el buque que le seguía los pasos había indicado una velocidad de un par de millas por hora. Y luego, aquel brusco cambio de dirección y salto, si podía llamársele así... Parecía como si aquello quisiera confirmar las palabras de Convair. «Es inteligente...».

Un «bip-bip» en sus oídos le hizo alejarse de sus pensamientos, avisándole de que deseaban hablarle desde el submarino. Movió la clavija del cinturón de su traje, y lanzó la sintonía de respuesta. La voz de Collins le llegó desde el otro lado:

-¡Atención, capitán! Nos informan del buque observador que «la cosa» se ha detenido bruscamente hace unos segundos, y que de repente se ha movido con celeridad hacia un lado, unos cincuenta metros. Luego ha vuelto ha quedarse inmóvil. ¿Ha logrado localizarle ya, capitán?

Kenneth asintió con la cabeza. Luego, al darse cuenta de que los demás no podían verle, habló:

-Sí; la he localizado. La tengo ahora frente a mí, y he podido comprobar estos tres movimientos.

-¿Ha sucedido algo, capitán? -volvió a llegarle la voz del segundo.

Fue a decir que sí y a explicar lo sucedido, pero se contuvo. Respondió:

-No, no me ha sucedido nada de importancia. Ya se lo contaré más tarde. Comunique al profesor que he logrado obtener algunas fotografías que espero hayan salido bien. Ahora corto, no puedo seguir hablando. Mantengan siempre el submarino fuera del área de peligro, y estén atentos a los mandos. Adiós.

Cortó, antes de que Collins o el profesor Halbein pudieran hacerle alguna otra pregunta, y volvió a centrar su atención hacia adelante.

El objeto de sus observaciones permanecía todavía allá, frente a él, inmóvil en apariencia. Parecía como si «la cosa» estuviera sorprendida por

algo. Por su presencia allí, por haber eludido su contacto, por encontrar en aquellas aguas desiertas una figura desconocida para ella... Sí, parecía ser inteligente. Pero sin embargo...

Tuvo una idea. Aprovechó la ocasión que se le presentaba. Rápidamente sacó de su funda la sonda del contador, y la apuntó en su alveolo hacia la masa. La arrojó. Observó el contador, y éste dio un salto brusco hacia adelante. De golpe, pasó a marcar veintidós U.D.

Y sucedió algo más. Algo que Kenneth nunca se hubiera esperado.

«La cosa», como asustada, dio un brusco salto hacia atrás.

No fue un movimiento de retroceso simple, normal. Cuando la sonda llegó hasta ella, no se detuvo. No chocó contra nada. Siguió su camino, introduciéndose «dentro» del cuerpo de «la cosa», como si ésta no fuera consistente, como si estuviera formada de aire o de humo. Y «la cosa», al contacto con la sonda, dio un enorme salto hacia atrás.

Ésa es la mejor expresión que puede describir lo sucedido. Dio un salto hacia atrás, como si repeliera un ataque. Un salto de más de doscientos metros. Y volvió a detenerse luego, más allá. Permaneció unos momentos inmóvil, como si contemplara a Kenneth a través de sus invisibles o inexistentes ojos, estudiando sus intenciones. Kenneth la divisó durante unos momentos allá, como una mancha luminosa. Y luego, repentinamente antes de que pudiera darse cabal cuenta de lo que sucedía, desapareció.

Fue así, repentinamente, sin ningún aviso. De pronto, Kenneth dejó de percibir el brillo de su masa. «La cosa» se había esfumado, había desaparecido por completo.

Aunque...

Era sólo un débil resplandor. Estaba allí, frente a él, a poca distancia. Y provenía del lugar donde se encontraba todavía la sonda.

Con rápidos movimientos recogió el cable sujetador, acercando la sonda hacia sí. Y entonces se percató de otro detalle. La masa fosforescente de «la cosa» le había desaparecido de ante sí, pero la radiactividad aún persistía. El contador de radiactividad señalaba veintiuna U.D.

Y Kenneth pronto comprendió las razones de ello. Porque, cuando la sonda llegó junto a él, pudo percibir que a ella se encontraban adheridas algunas pequeñas masas fosforescentes. Y la luz se hizo en su cerebro. ¡«La cosa», al huir, había dejado en la sonda algunos jirones de su propio cuerpo!

Rápidamente metió la sonda, con sus adherencias, en el interior de la cajita especial aislante de plomo que la contenía, y cerró el contacto que la unía con el contador. El indicador de radiactividad descendió ostensiblemente. Hizo un rápido cálculo mental, basándose con los datos suministrados por el contador, y llegó a una conclusión satisfactoria: pese a su elevado índice de radiactividad, teniendo en cuenta su pequeño tamaño y la protección que le separaba de ellas, las adherencias no llegarían a afectarle.

En aquel momento la radio volvió a dejar oír su «bip-bip» anunciador. Abrió el contacto y, antes de que desde el otro lado pudieran decirle algo, exclamó:

-Sé lo que van a decirme. No se preocupen, me encuentro perfectamente. Voy a regresar ahora al submarino. Mi observación ha terminado, creo que con bastante buen resultado. No se preocupen por mí, en el submarino les explicaré lo que ha sucedido. Corto.

Cerró nuevamente el contacto, sin darles tiempo a los demás de decir absolutamente nada, y dirigió una última mirada a su alrededor. Todo estaba en la más completa oscuridad. Nada se apercibía, excepto la fosforescencia de su propio traje. Volvió a poner en marcha el motor y, guiándose por el detector de masas, emprendió el regreso a la base que constituía el submarino.

* * *

Saliendo de la cámara de mandos, Kenneth se dirigió a través del pasillo hacia la cámara que había sido habilitada como laboratorio del profesor Halbein.

Llamó a la puerta, y nadie le contestó. Decidido, empujó la hoja, y se coló dentro.

La cabina se encontraba a oscuras, excepto una débil luz roja proveniente de un pequeño foco situado encima de la mesa. Sentado ante ella, inclinado sobre el ocular de un potente microscopio electrónico, se siluetaba la figura del profesor.

-¿Qué hay? -inquirió Kenneth, avanzando hacia allá.

El profesor, sin apartar los ojos del ocular del microscopio, le hizo con la mano gesto de que callara. Kenneth asintió, y se acercó a él, colocándose silenciosamente a su lado. El profesor permaneció unos momentos todavía observando el microscopio. Luego apartó la mirada de allí. Se quitó las gafas, y se frotó enérgicamente los ojos.

Se levantó silenciosamente de la banqueta donde se encontraba sentado, y le hizo a Kenneth un signo.

-Observe allí, por favor -pidió, indicándole el microscopio-. Y dígame qué le parece.

Intrigado, Kenneth se acercó. Pegó un ojo al ocular, y observó. De sus espaldas le llegó la voz de Halbein.

-Es un poco de la sustancia que usted trajo adherida a la sonda. Le he eliminado la fosforescencia por procedimientos químicos, pero sigue teniendo radiactividad, aunque la vaya perdiendo rápidamente. ¿Qué es lo que ve?

Kenneth todavía permaneció unos momentos con el ojo en el ocular.

-Es materia orgánica -dijo al fin.

Halbein asintió.

-Exacto, capitán. Materia orgánica. Le diré más: limo marino, cuya composición revela que procede del océano Pacífico. Enormes cantidades de materias orgánicas muertas en estado de putrefacción, detritos... Pero aquí con una especialísima particularidad. Que esta materia orgánica «está viva».

Kenneth levantó bruscamente la mirada del microscopio.

-¡¿Qué?!

Halbein se dirigió hacia un extremo de la cabina y encendió la luz principal. Después se dirigió al microscopio, y retiró de él el portaobjetos, debidamente aislado del resto del aparato. Lo metió dentro de una cajita de plomo, que cerró a continuación.

Se volvió hacia Kenneth.

-Capitán -murmuró-. Imagino que, una vez haya hablado con Washington de lo que he averiguado, todo este asunto va a convertirse en un secreto de estado elevado al cubo como mínimo. Pero encontrándose usted ya metido en él, no creo que haya ningún inconveniente en que le revele lo que he descubierto. Además, no creo que los altos funcionarios del gobierno tengan la menor intención de dejarle ir tranquilamente antes de que quede todo solucionado, si es que llega a solucionarse. Y por otra parte, tal vez pueda constituir una ayuda para su resolución -hizo una ligera pausa-. Usted está versado en biología, ¿verdad?

Kenneth dudó unos momentos.

-La verdad... tal vez peque un poco por inmodestia, pero creo que la biología no tiene demasiados secretos para mí.

-Pues bien, hace varios días, casi un mes, se celebró una prueba atómica aquí, en el Pacífico. Yo mismo tuve un papel bastante importante en ella. En esta prueba, se desarrolló un nuevo tipo de radiactividad completamente distinto al que habíamos experimentado hasta ahora. Una radiactividad muy superior a toda la que conocíamos de anteriores pruebas atómicas.

-Sí, lo sé.

Supongamos por unos momentos que podemos seguir el curso que siguió ésta radiactividad dentro del agua. Pasados los primeros efectos de la bomba, la radiactividad contenida en el mar va descendiendo, se va sedimentando, hasta terminar depositándose en el lecho marino. La cantidad de radiactividad depositada así, de esta manera, en el fondo, se va haciendo mayor cada vez. Y este fondo marino está formado de limo, un limo en el que abundan los restos de animales marinos, caparazones, algas, residuos y desechos de cadáveres... Materia orgánica, ¿comprende?

Kenneth dejó escapar una exclamación.

-¿Quiere decir acaso...?

-Veo que lo ha adivinado. Sí, capitán Williams. Quiero decir que esta masa, esta «cosa», como le hemos llamado, no es más que materia viva. Materia elemental, simplicísima, que ha sido creada, sin saberlo él, por el hombre. Por nosotros.

Kenneth se dejó caer en una silla.

-¡Dios santo! -gimió-. Entonces...

Halbein le interrumpió.

-Por favor, capitán; no deje llevarse por la imaginación. He dicho que era materia viva. Pero eso no quiere decir que sea inteligente.

-Sin embargo...

-Razone un poco, por favor. La inteligencia de los animales, desde los protozoos hasta el hombre, aumenta de acuerdo con su escala animal. Siempre será mucho más inteligente un mono que una lagartija, una lagartija que un pez, y un pez que un infusorio. Cuando más elemental es la forma de vida, más elemental es también la inteligencia. Y «la cosa» es una forma de vida elementalísima.

-Pero tropezó conmigo, en el fondo del mar...

-Sé lo que va a decirme. Pero usted mismo podrá contestarse si razona

unos minutos. ¿Cómo reaccionaría un animal, desde el más gigantesco elefante al más microscópico protozoo, cuando se encuentra ante algo que escapa de sus límites de percepción? ¿Cómo reaccionan todos los animales, por elementales que sean, ante algo que no comprenden? ¿No reaccionan igual que como reaccionó «la cosa», cuando le vio primero a usted, ser por completo desconocido en la soledad que le había rodeado desde su nacimiento, y luego al sentir en su masa la sonda del contador?

Kenneth asintió con la cabeza. Tuvo que reconocer que Halbein tenía toda la razón.

-Esta masa -prosiguió el profesor-, «la cosa», no es un ser único, un cuerpo indivisible como parecía a simple vista. Está formada por innumerables miles, casi millones de corpúsculos vivos, agrupados formando una gigantesca colonia, al igual que lo hacen los corales y otros animales terrestres. Su unión forma...

Kenneth le interrumpió repentinamente:

-Un momento, profesor. ¿Ha olvidado lo del «Jorge Washington?

Halbein negó con la cabeza.

-En absoluto, capitán. Y a ello voy ahora. Al iniciarse la vida en nuestro mundo, después de aparecer el primer corpúsculo vivo, la radiactividad continuó ejerciendo su poder durante mucho tiempo todavía, disminuyendo gradualmente de la superficie de la tierra, poco a poco. Así, los primeros corpúsculos vivos tuvieron tiempo suficiente para irse adaptando a la nueva vida que les esperaría cuando la radiactividad hubiera desaparecido completamente de la Tierra. Pero ahora no ha sido así. La única radiactividad que existe en torno a «la cosa» es la que ella misma emite. Y las consecuencias son obvias. «La cosa» va perdiendo radiactividad a medida que transcurre el tiempo. Y con ello va acercándose a su muerte, que ocurrirá el día en que la radiactividad que aún conserve en su masa sea menor de la que necesita para subsistir. Por lo tanto, sólo queda una solución. «La cosa» necesita nueva radiactividad si quiere seguir viviendo.

-Entonces, ésas fueron las causas del asalto al «Jorge Washington».

-Exacto. Es indudable que tiene una gran sensibilidad en su masa, para lo que a radiactividad se refiere. Y es natural, ya que ella es la que forma parte integrante de su vida. Indudablemente «detectó», si podemos llamarlo así, al buque, y se lanzó contra él. Por eso, los marineros del «Jorge

Washington» no fueron muertos por ella, por la sencilla razón de que es un ser carente por completo de inteligencia, y por lo tanto de instintos criminales. No puede matar, porque no sabe lo que es eso. Simplemente obra según su elemental instinto de conservación. Necesita radiactividad para subsistir. Y por eso la busca.

-Pero este instinto de conservación puede resultar muy peligroso.

Halbein suspiró.

-Sí, muy peligroso. Ya lo ha demostrado una vez. Y lo demostrará de nuevo si le damos una ocasión de hacerlo.

-No creo que sea preciso darle una nueva ocasión -murmuró Kenneth convencido-. Si lo que dice usted es exacto, lo único que tenemos que hacer es dejar que «la cosa», por falta de radiactividad, muera por si sola. Sólo es cuestión de esperar.

Halbein dejó escapar una débil risita irónica.

-Esto es muy fácil de decir, capitán. Pero no tan fácil de hacer.

-¿Por qué?

-Verá. Apenas descubrí su naturaleza y deduje todo lo que le he explicado, hice algunas averiguaciones. «La cosa» no navega al azar. Lleva un rumbo determinado, aunque nadie se haya percatado de ello. ¿Y sabe dónde termina este rumbo?

Kenneth levantó la vista, bruscamente alarmado.

-¿Dónde?

Halbein suspiró. Durante unos segundos contempló la caja de plomo que contenía el portaobjetos con la muestra de masa de «la cosa». Luego respondió:

-En la nueva central nuclear experimental de Cambria, en la costa occidental de los Estados Unidos. La central nuclear que se encuentra más cercana del lugar donde en estos momentos está localizada «la cosa».

CAPÍTULO V

EVACUACION

El radiograma enviado por Halbein desde el «Kraken» fue el que puso en conmoción a Convair y a todo el Departamento que investigaba el asunto del «Jorge Washington».

Decía, simplemente: «Averiguada naturaleza «cosa». Urge reunión inmediata altos jefes militares en Pentágono. Grave peligro en la costa occidental de los Estados Unidos. Halbein».

Era suficiente. Cuando el submarino llegó a Los Ángeles, un reactor militar enviado por Convair aguardaba en el aeropuerto, dispuesto para despegar inmediatamente. Halbein pidió a Kenneth que le acompañara.

-Creo que puede serme de mucha ayuda -dijo-. Tal vez a los altos jefes militares de los Estados Unidos no acabe de convencerles lo que he de decirles y se muestren reacios a tomar una resolución inmediata. En este caso su testimonio puede ser muy valioso.

El aparato no tardó en despegar con los dos hombres a bordo. El viaje de Los Ángeles a Washington (todo el territorio de los Estados Unidos, de costa a costa) se realizó en un tiempo récord. En el aeropuerto de la capital federal, avisado desde Los Ángeles, les estaba aguardando Convair con un coche oficial.

-¿Qué es lo que sucede? -inquirió, apenas verles.

-No puedo detenerme a explicárselo ahora -respondió Halbein-. ¿Está reunido el Pentágono?

Convair asintió con la cabeza.

-No ha sido fácil conseguirlo, pero al final lo he logrado. De todos modos, si ellos llegan a juzgar que el motivo que usted se trae no es lo suficientemente importante como para convocar una reunión tan intempestiva y con tanta urgencia, preveo que mis galones no van a estar muy seguros.

Halbein se permitió una sonrisa.

-No se preocupe por eso -contestó, mientras subía al coche-. Lo único que no va a estar muy seguro en los días que sigan va a ser la integridad de su cabeza. Preveo que va a tener más de un fuerte dolor de cabeza.

En la gran sala de reuniones del Pentágono se hallaba convocado todo el Estado Mayor del Departamento de Defensa en pleno. Sin embargo, Halbein no se fue por las ramas. Apenas entró, fue a ocupar su puesto en el

estrado, y se aferró con fuerza al micrófono.

-Señores -dijo, sin ninguna clase de preámbulos-. Todos ustedes saben que, hace casi un mes, fue realizada en el Pacífico una prueba atómica, designada con el nombre de «operación Gatka». También deben saber indudablemente, que yo fui uno de los principales colaboradores de esta experiencia. Pues bien; si a instancias mías se han reunido hoy todos ustedes aquí, ha sido precisamente para informarles de las consecuencias de esta prueba. Consecuencias que, desgraciadamente debo admitir, son mucho más graves de lo que todos nosotros nos hubiéramos podido imaginar.

Un murmullo apagado se elevó en el ámbito de la sala. Todos los allí presentes se miraron entre sí, con cierto aire de sorpresa en sus rostros. Varias preguntas aparecieron a flor de labios, dispuestas para ser formuladas.

Pero Halbein no dio tiempo de que ninguna saliera al exterior. Antes de que nadie tuviera tiempo de abrir la boca, siguió hablando. Ahora del asunto del «Jorge Washington». Lo planteó de un modo rápido, conciso y comprensible para todos. Y una vez hecho esto, pasó a atacar el aspecto álgido del asunto: la investigación respecto a la naturaleza de «la cosa» y sus consecuencias.

Cuando terminó de hablar, un silencio pesado se había extendido por toda la sala. Todos los allí presentes permanecían silenciosos, cavilando intensamente sobre las palabras que acababan de oír. Las declaraciones de Halbein habían oprimido todos los corazones.

Fue Julius Hannover, comandante en jefe del sector naval de la Armada, quien formuló la primera pregunta:

-¿Quiere decir con esto, profesor, que inconscientemente hemos creado... un ser vivo?

Halbein denegó con la cabeza.

-No, señores. Y esto es lo peor. Que no se trata de un ser vivo. Son millones los seres vivos que se encuentran agrupados en lo que nosotros hemos llamado «la cosa». Millones de seres unicelulares, microscópicos, simplicísimos, pero que pueden traer la destrucción y el caos a nuestra nación e incluso a todo el planeta.

-¿Intenta decir que estos seres pueden llegar a destruir la Tierra?

-Algo aproximado, señores. Les he dicho ya que estos seres (o este ser, si prefieren llamarlo así) necesitan de la radiactividad para vivir. Sin ella,

mueren. Pero con ella, viven y se reproducen. Si logran asimilar la suficiente cantidad de radiactividad como para poder multiplicarse lo suficiente, pueden llegar a ocasionar un cataclismo en nuestro planeta. Volverlo a su estado primitivo de astro radiactivo. Y, naturalmente, en este caso, todos nosotros, los humanos, pereceremos sin remedio.

-¡Pero esto es absurdo, profesor!

Halbein meneó la cabeza negativamente.

-No, señores. No es absurdo. La cantidad de uranio y demás materias radiactivas que se encuentran en la Tierra es suficiente como para causar una reacción en cadena si son activadas tan sólo en una ínfima parte. «La cosa» no es sólo un almacén radiactivo; es una verdadera central nuclear en todo el sentido de la palabra. Ella «trabaja» la radiactividad como nosotros «trabajamos» el aire y los alimentos por medio de la sangre. Y si va encontrando sucesivamente nuevas cantidades de materias radiactivas para asimilar, llegará un momento en que las radiaciones que desprenda sean tan intensas que saturen toda la atmósfera terrestre. La reacción en cadena será inevitable. Y el hombre estará perdido.

-Entonces, ¿qué es lo que propone usted, profesor Halbein? ¿Deshacemos de todo el uranio que hay ahora sobre la Tierra?

-Sería una medida inútil. No todas las naciones accederían a hacerlo, o al menos no con la suficiente rapidez. Además, «la cosa» dedicaría entonces su búsqueda a los minerales radiactivos que hay todavía en el suelo. Los encontraría en menor proporción radiactiva que los que el hombre tiene almacenados, pero le bastarían. Y el resultado sería el mismo.

-¿Entonces?

Halbein hizo una pausa. Dudó unos segundos. Luego pronunció con voz indistinta:

-Sólo queda una solución. «Matar» a «la cosa».

Un silencio. Y tras él, la pregunta que Halbein esperaba:

-¿Cómo?

El profesor abrió los brazos.

-Esto es algo que no puedo decirles, señores. Sé que existe algún medio de hacerlo, ha de existir, pero no sé cuál es. Lo ignoro. Lo único que puedo decirles es que es preciso destruirla cuanto antes. «Hemos» de destruirla.

En la sala se elevaron algunos murmullos. Alguien volvió a preguntar:

-¿Qué es lo que propone entonces?

Halbein no contestó en seguida. Durante unos momentos buscó las palabras más adecuadas para responder. Y cuando lo hizo, fue con voz pausada, dando a cada palabra la importancia que intrínsecamente tenía:

-Actuar. Y rápidamente. Ya les he dicho que «la cosa» se dirige rectamente hacia la base nuclear de Cambria. Los últimos cálculos efectuados indican que dentro de un par de días llegará allí, y aquello supondrá el fin de toda la base. Ya les he dicho que «la cosa» es anaerobia es decir, no necesita el aire para vivir. Tanto puede subsistir en el agua como en tierra firme. Luego, no hay ninguna defensa que proteja a Cambria. Nada, salvo una evacuación total e inmediata. Por eso les he reunido; esto es todo lo que tenía que decirles. Ahora, es a ustedes a quienes corresponde tomar una determinación.

La asamblea se prolongó todavía dos horas más, en las que se convirtió casi en una verdadera polémica. Pero al cabo de aquel tiempo la razón prevaleció. Y a las dos horas y media de haber llegado Halbein y Kenneth al Pentágono, de allí partía una orden de evacuación total e inmediata de toda la región circundante a Cambria, en un radio mínimo de veinte kilómetros.

Al mismo tiempo, Halbein recibía del Departamento de Defensa la orden de proseguir sus investigaciones sobre «la cosa», en relación a intentar hallar algún medio de vencerla, al tiempo que se le daba libertad absoluta para poner en práctica cualquier experimento o prueba encaminada a tal fin, pudiendo contar para ello con toda la ayuda que necesitara, tanto en hombres como en material del ejército de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, Convair era encargado, como jefe supremo, de llevar a cabo la labor de evacuación y la posterior observación de «la cosa», a fin de determinar sus movimientos futuros y poder obrar en consecuencia.

Cuando Halbein y Kenneth salieron del Pentágono, el interior del enorme edificio era un hervidero de órdenes. Ya en el exterior, Kenneth inquirió a Halbein:

-¿Tiene formada alguna idea sobre algún medio de destruir a «la cosa»?

Halbein se lo pensó unos momentos.

-En realidad -respondió-, solamente existe una manera de lograrlo: dejar que la radiactividad que almacena en su masa desaparezca. Pero para esto debemos aislarla, evitar que pueda llegar a una nueva fuente de radiactividad. Y éste es el principal inconveniente: ¿Cómo lograr aislarla? Debido a su radiactividad y a su naturaleza, no hay ninguna cápsula, ningún recipiente por hermético que sea, que pueda aislarla totalmente. «La cosa», usando de su propia radiactividad como arma, puede burlar todos los encierros que le pongamos a su paso. Lo cual es lo mismo que decir que no hay nada, que yo conozca, que podamos hacer contra ella. No es un aliciente, ¿verdad?

Kenneth tuvo que asentir con la cabeza. No, no era un aliciente. Pero aquello tampoco quería decir que se dieran por vencidos...

* * *

Al día siguiente se inició en Cambria y alrededores la evacuación total de la población, tanto civil como militar.

Durante toda la mañana, las emisoras de radio de la región estuvieron divulgando la noticia, poniéndola en conocimiento de toda la población. Para evitar pánicos innecesarios, se informó que se trataba de posibles movimientos sísmicos, que podían traducirse en un parcial hundimiento de aquel sector. E instantáneamente se inició la labor de evacuación, que necesitó la colaboración de más de diez mil soldados del ejército de tierra.

El trabajo se hizo a conciencia. Equipos de soldados debidamente instruidos fueron recorriendo todo el territorio declarado peligroso, evacuando a la gente casa por casa. Una vez desierta la casa, los propios soldados procedían a sellarla oficialmente en puertas y ventanas, a fin de evitar cualquier posible violación. La gente, con sus enseres y objetos más apreciados, eran montados en camiones del ejército y llevados más allá de la zona declarada «límite». Allí, se instaló un cordón de puestos de control a fin de evitar que nadie volviera a penetrar en la zona de peligro. Los vuelos sobre ella fueron suspendidos. Al día siguiente de haberse iniciado la operación, podía afirmarse que en el interior de aquel territorio nada había escapado al fino tamiz de la redada de evacuación. Nadie absolutamente quedaba allí, que no estuviera al tanto del asunto y debidamente autorizado para ello.

Y sin embargo...

Kenneth se encontraba en el interior de la planta atómica de Cambria, disponiendo junto a un equipo de técnicos especialistas y unos cuantos

soldados los últimos mecanismos automáticos de disparo y control del cohete que tendría que ser lanzado apenas «la cosa» emergiera del océano, cuando la centralilla telefónica de la base registró una llamada provinente de Paso Robles.

Después de hacer un estudio atento de la situación, Kenneth, junto con Halbein, había llegado a concebir un plan encaminado a evitar que «la cosa», después de llegar a Cambria, siguiera su camino tierra adentro por el territorio estadounidense, causando a su paso más destrucción. Y este plan, dentro de su sencillez, podía considerarse como infalible.

Kenneth lo había calculado todo al último detalle. La idea que uno de los militares en el Pentágono sobre hacer desaparecer las materias radiactivas de la base de Cambria, aunque inaprovechable en sí misma, no era del todo inútil. Y Kenneth supo hallarle su utilidad.

En sí, el plan era sencillísimo. Todo el uranio de la planta atómica, dentro de una caja especial aislante, había sido encerrado en el interior de un cohete autodirigido de tipo torpedo; un cohete que, una vez disparado, se elevaba por el aire en una dirección predeterminada, para caer al mar unas millas más hacia adelante, donde se convertía en una especie de torpedo que, casi a flor de agua, proseguía su camino hacia el blanco prefijado de antemano. Kenneth había adaptado su dispositivo de disparo a un contador de radiactividad, de modo que al registrar éste quince U.D. fuera lanzado, en dirección al centro del Pacífico con una trayectoria hiperbólica. Así, «la cosa» al llegar a Cambria, se encontraría con que el uranio, su presa, volvía al mar. Y el propio instinto le haría ir en seguimiento de ella, adentrándose de nuevo en el agua y alejándose de la costa de los Estados Unidos, con lo que se evitaría la posibilidad de que causara nuevas víctimas, al menos por el momento.

Había sido instalado ya todo el mecanismo del cohete, y todo estaba dispuesto para entrar inmediatamente en funcionamiento. El contador de radiactividad señalaba ya un tercio de U.D., lo que quería decir que «la cosa» se acercaba por momentos. En las líneas exteriores de la base, cinco helicópteros de transporte aguardaban a los hombres para transportarlos de nuevo hasta más allá de la zona de peligro. Todo estaba ya listo...

Entonces fue cuando uno de los soldados acudió a Kenneth, avisándole de que había sido recibida una llamada telefónica de Paso Robles.

-¡¿De dónde?! -aulló casi Kenneth al oír la noticia.

-De Paso Robles, señor -repitió el soldado.

Kenneth no tuvo que pensar mucho para saber que Paso Robles se encontraba en el interior de la zona declarada de peligro.

-¿Qué es lo que ha dicho? -inquirió.

El hombre dudó unos momentos.

-Verá, se trata de una voz de mujer. Ha solicitado al comandante Karter, el jefe de la base. Y cuando le he dicho que no se encontraba aquí, ha contestado que deseaba hablar con el que le substituyera. Por eso he venido a avisarle a usted.

Kenneth permaneció unos momentos pensativo.

-¿Ha indicado su nombre?

-Sí, aunque no lo he entendido muy bien. Ha dicho algo así como Ander o Alder. Lo que sí recuerdo es que ha dicho doctora. Doctora Alder, o algo así.

Kenneth asintió con la cabeza, No lo comprendía. La zona peligrosa había sido evacuada en su totalidad, y las casas selladas por todos lados. No quedaba un ser viviente en veinte kilómetros a la redonda. Y sin embargo, de Paso Robles recibían una llamada telefónica de una tal doctora «lo que fuera». Aquello parecía absurdo.

-¿Ha verificado la llamada?

-No, señor.

-Pues hágalo inmediatamente. Ahora voy yo.

En aquel momento un técnico se acercó a él.

-El contador indica seis décimas -observó-. Debemos irnos.

-Está bien; que todo el mundo suba a los helicópteros y aguarde allí. Regresaré inmediatamente.

Se dirigió hacia el edificio central de la base, encaminándose hacia la centralilla telefónica. Allí, el soldado acababa de hacer la comprobación. Asintió con la cabeza.

-La llamada proviene de la centralilla de Paso Robles, señor. No cabe ninguna duda.

Kenneth asintió, tomando el auricular del teléfono.

-¿Diga?

La voz que surgió del otro extremo del hilo era, efectivamente, la de

una mujer.

-¿El comandante Karter?

-No, no soy yo. ¿Qué es lo que desea?

-¡Ah! ¿Es usted el mayor Kelly?

Kenneth suspiró.

-No, no soy ni el uno ni el otro. ¿Desde dónde llama usted?

La voz de la mujer le llegó sorprendida.

-Pero... ¿no es eso la base nuclear de Cambria?

-Naturalmente que lo es. Pero, ¿es que acaso no sabe que la base ha sido evacuada desde ayer por la mañana, y no hay nadie en veinte kilómetros a la redonda? ¿Llama usted desde Paso Robles?

-No. Llamo desde mi casa, naturalmente. Pero, ¿qué es lo que sucede? ¿A qué viene todo esto?

Kenneth volvió a suspirar. Vio claramente que de una conversación con aquella mujer, con aquella tal doctora, no sacaría nada en limpio. Y debían salir de allí rápidamente. Consultó su reloj.

-Nada -gruñó-. No sucede absolutamente nada.

Y colgó.

Salió rápidamente al exterior, donde los helicópteros esperaban, con los motores en marcha. Kenneth, seguido por el soldado, subió a uno de ellos, e inmediatamente toda la flotilla se puso en marcha, elevándose en el aire.

Kenneth hizo un signo al soldado que le avisara de la llamada, indicándole la radio.

Llame a Tulare y consígame comunicación con el comandante Karter. Seguramente se encontrará en el puesto central de observación. Que consigan la comunicación con la máxima urgencia.

El soldado manejó los diales, y no tardó en conseguirle lo pedido. Le entregó el micrófono, y Kenneth estableció rápidamente contacto.

-Atención, mayor Karter. ¿Me oye? Aquí el capitán Kenneth Williams. Desearía que me diera los máximos informes posibles sobre una tal doctora Ander, o Alder, que vive en las proximidades de Paso Robles. Es urgente. ¿Sabe si fue evacuada con los demás habitantes del pueblo?

La respuesta no tardó en llegarle, de boca del propio Karter. Sí, conocía a la doctora Diana Alder. Era doctora en física atómica, especializada en radiactividad. No habitaba concretamente en Paso Robles, sino en una villa

de su propiedad situada en las afueras de la población, entre este pueblo y San Miguel. Recientemente estaba enfrascada en unos estudios sobre los efectos de la radiactividad sobre los animales y el hombre y sus posibles medios de neutralización. Sí, en su casa tenía teléfono propio, conectado con la central de Paso Robles. No sabía si había sido evacuada o no con el resto de la población.

Kenneth se hizo un rápido cuadro mental de lo sucedido.

-Indíqueme la situación de su casa -pidió.

Karter lo hizo con bastante aproximación, y Kenneth cortó, después de darle unas breves frases explicativas. Conectó con los demás aparatos, ordenándoles que regresaran a su base. Luego, dio una orden al piloto de su helicóptero:

-Diríjase hacia Paso Robles, y una vez allí siga el trazo de la carretera que conduce a San Miguel. Todo lo más rápidamente que pueda.

El aparato se desvió de su ruta anterior, enfilando en dirección hacia Paso Robles. Kenneth contempló por la ventanilla el paisaje que desfilaba bajo sus pies. Justamente a última hora tenía que haberse apercibido de aquella anormalidad, gruñó para sí mismo. Justamente ahora, tenía que haberse dado cuenta que alguien no había abandonado la zona de peligro a pesar de los múltiples avisos difundidos. Y justamente esta persona tenía que ser una mujer. Y científica. Un caballo con gafas que, cuidando amorosamente de sus ratoncillos experimentales debía haberlo olvidado todo, incluso la importancia de su propia vida.

El aparato sobrevoló Paso Robles, siguiendo el trazo de la carretera que conducía al cercano pueblo de San Miguel. Kenneth se inclinó hacia la ventanilla, observando bajo él. Karter le había indicado claramente: a la derecha de la carretera, al otro lado de un pequeño altozano. Una casita blanca, de techo solar amarillo. Era fácilmente distinguible.

Y Kenneth no tardó en distinguirla. Su techo amarillo, que no era más que una potente pantalla acumuladora de rayos solares, la delató. Se inclinó sobre el piloto, y se la señaló.

-Diríjase hacia allí -ordenó-. E intente aterrizar lo más cerca de ella posible.

Observó el contador del aparato. Indicaba cuatro décimas de U.D. Tardaría todavía un par de horas en llegar a ser peligrosa la radiación. Pero

era preciso actuar rápido.

¡Estúpidos científicos! ¡Sobre todo cuando se trataba de mujeres...!

El aparato tomó tierra a unos cien metros de la casa, y Kenneth saltó al suelo. Ordenó a los demás que aguardaran en el aparato, dispuestos para reemprender el vuelo apenas regresara, y se dirigió hacia la casa a toda velocidad.

Cuando llegó a la puerta de entrada, se apercibió inmediatamente de una cosa: no se encontraba sellada. Lo cual quería decir que, a pesar de todas las precauciones adoptadas, la casa había sido pasada por alto sin registrar ni sellar. Fuera por la causa que fuera, los soldados encargados de aquella misión no la habían tenido en cuenta.

Pero eso ahora no importaba. Penetró en el interior (la puerta estaba abierta), y se encontró en un pequeño living-room decorado con gusto. Pero apenas le dirigió una mirada de atención. Reunió todas sus fuerzas para gritar:

-¡Doctora Alder!

Nadie le respondió. Empezó a registrar la casa, y en cada habitación repitió su llamada. Registró el comedor, la cocina, los dormitorios, todo. Se preguntó si la tal doctora Alder no habría salido finalmente de la casa, en el último instante.

Hasta que llegó a un anexo situado en la parte posterior del edificio.

La puerta estaba cerrada, y las tentativas que Kenneth hizo para abrirla fueron inútiles. Golpeó fuertemente la hoja y gritó:

-¡Doctora Alder! ¡Abra!

Nadie respondió. Kenneth se apartó unos pasos, dispuesto a abrirla aunque fuera derribándola a golpes. Tomó impulso, se lanzó hacia adelante...

Y en aquel momento alguien, desde el otro lado, abrió la puerta.

Kenneth, que esperaba encontrar la resistencia de la hoja, traspasó el quicio de la puerta como un meteoro. Penetró en la habitación situada en el otro lado y siguió adelante por ella, hasta encontrar una banqueta en su camino. Tropezó con ella, la saltó, dio una espectacular vuelta de campana, y fue a caer aparatosamente al otro lado.

Cuando se levantó de nuevo, después de comprobar la integridad de todos sus huesos, su furor hacia la desconocida doctora Alder había crecido hasta el infinito. Se dijo que aquélla no era ocasión para hacer escenas de película cómica. Sus labios prepararon una frase hiriente, dispuestos a lanzarla

como un proyectil. Se volvió hacia la puerta, al lado de la cual se encontraba la causante de todo lo sucedido...

Y cuando vio a la persona que tema ante sí, cerró la boca de golpe.

CAPÍTULO VI
DOCTORA ALDER

Instantáneamente, todas sus ideas del caballo con gafas se esfumaron como por arte de magia.

Generalmente, el nombre de «profesora» suele ir acompañado de unas gafas de grueso cristal, una cara no muy bonita precisamente, y una edad determinada, que nunca suele bajar de los cuarenta años.

Pero Kenneth tenía ante sí la consabida excepción de la regla.

Las gafas existían, es cierto. Pero en aquellos momentos la mujer se las estaba quitando. Y detrás de ellas aparecieron unos ojos azul celeste capaces de hacer palidecer el color del cielo. Una cara armónicamente proporcionada, un pelo rojo como el fuego, y una edad que, a lo sumo, rozaría apenas los veinticinco años.

Y un cuerpo accidentado por todas partes y en todas direcciones.

Kenneth cerró bruscamente la boca ante aquella aparición de sorpresa. Y fue la propia profesora la que tuvo que tomar la palabra.

-¿Encuentra que éstas son formas de entrar en una casa?

Aquello hizo recuperar a Kenneth parte del aplomo que había perdido, y le hicieron recordar la gravedad de la situación. Adoptó rápidamente un aire de circunstancias.

-Siento mucho este... este accidente, pero las circunstancias me han obligado a comportarme así. Es preciso que salgamos de aquí lo más rápidamente posible. Ha de venir conmigo inmediatamente.

La mujer arrugó el ceño.

-¿Ir con usted? ¿Y por qué?

-¡Pero cómo! ¿Acaso no ha oído los avisos de la radio?

La mujer se acarició brevemente la mejilla con la montura de las gafas.

-Lo siento, pero he estado muy atareada últimamente. No puedo perder el tiempo escuchando la radio.

-En este caso será mejor que se lo diga antes de que empiece a hacer más preguntas. Toda esta zona ha sido evacuada. Usted es probablemente la única persona que hay en veinte kilómetros a la redonda.

La mujer sonrió levemente.

-Usted también se encuentra aquí.

Kenneth miró hacia el cielo y suplicó paciencia.

-Oiga, señorita. La situación no es para hacer chistes. Hemos de salir de aquí rápidamente; tenemos muy poco tiempo.

-¿Por qué? ¿Cuáles son los motivos de todo esto? ¿Acaso amenaza un tifón?

Kenneth fue a decir algo, pero la mujer lo interrumpió.

-¡No, no me lo diga! Creo que ya lo sé. ¿Tendrá acaso algo que ver con el repentino aumento de radiactividad que mis aparatos han registrado en el ambiente? Por cierto que, cuando he llamado a la planta atómica de Cambria me ha contestado alguien con bastante mala educación diciéndome no sé qué cosas raras, y luego, cuando he insistido, no me ha contestado nadie. ¿Acaso ha sucedido algo allá?

Kenneth suspiró.

-Exactamente. Y por si le consuela saberlo, yo he sido esta persona que con muy mala educación, le ha contestado no sabe qué cosas raras. Y de paso añadiré que si no le han contestado cuando ha insistido, ha sido por la sencilla razón de que la planta atómica, al igual que el resto de la región, ha sido completamente evacuada.

-Entonces es verdad lo que yo sospechaba. Ha sucedido algún percance en ella.

-No exactamente. Ahora no puedo explicárselo, pero me comprometo a hacerlo luego. Le diré todo lo que desee saber. Pero ahora debemos salir inmediatamente de aquí. ¿Ha entendido? «Inmediatamente».

La mujer no se inmutó.

-¿Por qué? Si es cierto que se trata de un percance en la pila atómica de Cambria, encuentro que toman demasiadas precauciones. No hay por qué temer; la radiactividad que pueda llegar hasta aquí no alcanzará más de siete décimas de U.D. No existe ningún peligro.

-Permítame decirle que sus cálculos son equivocados, señorita. La radiactividad que llegará hasta aquí dentro de poco sobrepasará con mucho a una unidad de peligro. Quizás incluso llegue a las diez U.D. Y ahora, ¿nos vamos, o tendré que arrastrarla a la fuerza?

La mujer, ignorando la última pegunta, puso cara de asombro.

-¿Ha dicho más de diez U.D.?

Kenneth estalló.

-¡He dicho narices!

Cogió rápidamente a la mujer por un brazo, y tiró de ella hacia la salida. La doctora Alder chilló:

-¡Deténgase! ¡No puede obligarme a abandonar esto! ¡Aquí tengo todos mis aparatos, y no puedo dejar mis investigaciones a la deriva ahora que estoy llegando a su final! ¡Además, hay los conejitos...!

Kenneth rió. ¡Los conejitos! Sólo le faltaba oír aquello. Aquella situación era absurda. Y el tiempo volaba.

La mujer se detuvo bruscamente, haciendo uso de una insospechada energía.

-Lo siento, pero no pienso moverme de aquí -exclamó-. Encuentro su proceder absurdo y sin justificación. Y hasta que no me dé una explicación satisfactoria y convincente no saldré de mi casa.

Aquello fue la gota que desbordó el vaso de la paciencia de Kenneth. Sintió que estallaba interiormente. Se mordió furiosamente los labios y olvidó que tenía delante a una mujer.

-Está bien -gruñó-. Las circunstancias obligan. Si no quiere obedecerme por las buenas, lo tendrá que nacer por las malas.

Y su puño derecho se disparó sin ninguna contemplación hacia adelante, haciendo impacto duramente contra la barbilla de la mujer.

Kenneth era un buen luchador, y su puño era una roca cuando pegaba fuerte y con ganas. La mujer, que no se esperaba ni con mucho aquello, echó la cabeza hacia atrás al recibir el golpe. Trastabilló, y hubiera caído al suelo si Kenneth no la hubiera sujetado a tiempo por la cintura. La cargó entre sus brazos, y echó a andar rápidamente hacia la salida, sin dignarse dirigir la más pequeña mirada a lo que dejaba tras de sí.

Cuando llegó al helicóptero, sus ocupantes empezaban a sentirse nerviosos. Miró el contador; ocho décimas y media. Depositó su carga en el interior del aparato. El piloto cerró rápidamente la portezuela de la carlinga, y el aparato se elevó en el aire a toda velocidad.

Kenneth se reclinó en el asiento, lanzando un suspiro. Por suerte, la cosa había acabado bien. Parecía absurdo que una mujer se resistiera a dejarse salvar la vida. Pero así había sido.

Contempló de nuevo el contador de radiactividad. Había ido por poco. Con todo, nadie les libraría de tener que someterse al llegar a su destino a una

breve cura de depuración. Nueve décimas de radiactividad no eran peligrosas, si se quitaban de encima en corto plazo. Si no, hacían que el cuerpo se volviera demasiado vulnerable a futuras radiaciones. Y esto no gustaba a nadie.

* * *

Apenas llegaron a Tulare, tuvieron que someterse al proceso de depuración. Cuando Kenneth salió de él (en conjunto el tratamiento duraba unos diez minutos), se encontró con que Diana Alder le esperaba en el exterior, taconeando impacientemente.

-Bien, señor capitán -fueron sus primeras palabras-. Espero que ahora podrá explicarme los motivos de su nada correcto comportamiento.

Kenneth se dirigió a buen paso hacia la salida del edificio donde estaban enclavados los servicios sanitarios de depuración.

-Lo siento, doctora -respondió-; pero no puedo hacerlo. Es imposible.

La mujer dejó escapar una exclamación iracunda.

-¡Cómo! ¿Acaso pretende decirme que me ha obligado a abandonar mi laboratorio por la fuerza, teniendo que dejar todo lo que tenía entre manos, sin siquiera darme una explicación al respecto?

Kenneth se paró.

-Oiga, señorita. A los demás evacuados se les ha dado como explicación la de que la zona evacuada estaba expuesta al efecto de movimientos sísmicos de extremada violencia. Si le convence, no tengo nada que añadir. Si no le convence, como supongo, lamentaré tener que comunicarle que no puedo revelarle nada más; es un secreto.

La doctora apretó fuertemente los labios.

-¡Oiga! Le advierto que no estoy dispuesta...

Pero Kenneth no le escuchaba ya. Consideraba que había dicho ya todo lo que tenía que decir, y por eso se desentendió completamente de ella. Salió al exterior, donde le aguardaba un coche oficial. Montó en él y, sin volverse hacia atrás, dio una orden escueta al chófer:

-Al puesto de observación. Rápido.

Aún tuvo tiempo de oír a la doctora Alder que le amenazaba con llevar el asunto a los altos jefes militares antes de que el coche se pusiera en marcha, alejándose de allí. Y Kenneth suspiró satisfecho al pensar que al fin se había desembarazado de ella.

Kenneth no sabía que la doctora Diana Alder era una mujer perseverante. Y que no tardaría mucho, ya fuera por suerte o por desgracia, en encontrársela de nuevo en su camino.

En el puesto de mando y observación, situado en un edificio de las afueras de Tulare, el profesor Halbein, Kenneth y Convair seguían atentamente el curso del desarrollo de la operación Cambria, como había sido denominada.

«La cosa» se encontraba ahora ya en la playa occidental de Cambria, y era observada desde un aparato situado a cuatro mil metros de altura, provisto de cámaras televisoras de alta potencia teleobjetiva, que retransmitían la imagen al puesto de observación.

La pantalla recogía fielmente lo que ocurría sobre la tierra, aumentándolo considerablemente y centrando su atención al lugar donde se encontraba «la cosa», visible como una masa fosforescente, de un color que variaba desde el verde-marrón al plateado, y que avanzaba reptando por sobre la arena de la playa.

Pero no reptaba. Una segunda cámara automática de televisión, instalada a un lado de la base de Cambria, lo reveló cuando «la cosa» llegó a la zona que abarcaba. No reptaba, avanzaba flotando en el aire, a unos dos metros de altura del suelo, sin ningún contacto con él. Kenneth y Halbein sabían que aquello estaba dentro de las posibilidades de «la cosa». La radiactividad que albergaba era suficiente para permitirle hacer esto y mucho más.

El tiempo fue transcurriendo. «La cosa» se movía con lentitud, como era su costumbre. Podía moverse a mayor velocidad, pero no lo hacía. ¿Por qué? Halbein había dicho que un desplazamiento más rápido traería consigo una mayor y más rápida pérdida de la radiactividad de su cuerpo, lo cual no le convenía. Pero no tenían ninguna prueba que les permitiera afirmarlo sin duda. Era sólo una teoría.

Un registrador automático iba señalando lo que marcaba el contador que serviría de disparador al cohete. Primero fue una unidad de peligro. Luego fue aumentando, a medida que «la cosa» se acercaba. Dos, tres, cuatro, cinco... Cuando «la cosa» salió del mar (de la costa a la central atómica había una distancia de cinco kilómetros), el contador dio un brusco salto hacia adelante. En el aire la radiactividad se retransmite más rápidamente que en el

agua, sobre todo en la dirección del viento. De golpe, el contador señaló once. Luego doce, trece...

De repente, a Kenneth le asaltó una duda:

-¿Y si «la cosa» no llega a alcanzar una radiactividad de quince U.D.?

Halbein movió bruscamente la cabeza hacia él «La cosa» iba perdiendo radiactividad, a medida que pasaba el tiempo. De repente la sospecha también nació en su cerebro. ¿Y si esta pérdida había sido tanta que ahora su radiación no alcanzaba las quince U.D.? En este caso, el dispositivo del cohete no funcionaría. Y si era así, «la cosa» podría con toda libertad asimilar el uranio y recobrar sus perdidas energías radiactivas. Y seguir su marcha en busca de una nueva fuente de uranio, esta vez quizás por el interior del territorio de los Estados Unidos. Y esto representaría...

Fue en aquel preciso momento cuando el contador de radiactividad alcanzó las quince U.D.

Y el mecanismo automático entró en funcionamiento.

Las dos cámaras televisoras registraron el hecho. Con un silbido (que la cámara aérea no registró, debido a la distancia), el cohete se elevó unos centenares de metros en el cielo, dejando tras él una estela de humo blanco. Luego, ya en el aire, empezó a trazar una curva descendente, que lo situó primero paralelamente al mar, luego inclinado de proa, y después inclinándose más cada vez, al tiempo que descendía, hasta que su morro entró en contacto con el agua, un par de kilómetros más allá de la línea de la costa. Un surtidor de espuma fue lo último que se vio de él en el aire. Desde entonces, su trayectoria pudo seguirse por la estela blanca que fue dejando en el agua a su paso, al convertirse en torpedo.

Apenas hubo despegado, «la cosa», que se encontraba ya muy cerca del lugar donde había sido emplazado el proyectil, pareció unos momentos desconcertada. Su instinto debió decirle que la radiactividad, que hasta entonces había «olido» allí, había desaparecido repentinamente de aquel lugar. Y su extraordinaria sensibilidad pudo seguirla a través de su trayectoria, hasta el mar.

«La cosa» no era inteligente. No pensó en que aquello podía ser una trampa, por la sencilla razón de que no sabía pensar. Retrocedió en su marcha, volviendo por el mismo camino por el que había venido, y se hundió nuevamente en el mar, en seguimiento de su presa.

Pocos minutos después, el avión que le seguía el rastro anunciaba su situación a dos millas de la costa, siguiendo la trayectoria del cohete a una velocidad superior al doble de la que llevara anteriormente hasta entonces.

-No le importa que su radiactividad disminuya más rápidamente -dijo Kenneth-. Necesita recuperar cuanto antes la que ya ha perdido, so pena de perecer.

Sabía -lo había mediado Halbein- que el uranio contenido en el cohete, una vez asimilado por «la cosa», le daría a ésta un incremento de casi diez U.D. en radiactividad. Lo cual quería decir que, cuando lo alcanzara volvería a convertirse de nuevo en un peligro intenso.

Halbein se volvió hacia Kenneth.

-Bien -dijo-, hemos desviado el peligro pero esto no quiere decir que lo hayamos atajado. Cuando «la cosa» haya alcanzado el proyectil (y puede desarrollar la suficiente velocidad como para alcanzarlo en relativamente poco tiempo) volveremos a encontrarnos como antes. Por lo tanto, hemos de actuar rápidamente.

Kenneth volvió su vista hacia Convair, que estaba a su lado, y Convair miró a Halbein. Los tres hombres permanecieron unos momentos en silencio. Luego, el mayor murmuró:

-Siento que yo no pueda ayudarles, profesor. Soy militar, pero no científico ni biólogo. Lo único que puedo hacer es llevar a cabo lo que ustedes me indiquen. Nada más.

Halbein asintió. Se volvió hacia Kenneth.

-El mayor lo ha dicho muy bien, capitán Williams; esto es cosa nuestra. Es algo que solamente podemos resolver por medio de la biología y la ciencia. Sólo hallando el punto débil de «la cosa» podemos vencerla. Por lo tanto, no nos queda más remedio que hallarlo.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación donde se encontraban los tres hombres, y un soldado apareció por ella, cuadrándose ante Kenneth.

-Hay una señorita en el edificio que desea hablar con usted, capitán Williams -informó-. Ha dicho que es personal.

Kenneth arrugó el ceño. ¿Una señorita? Halbein le miró inquisitivamente, con un cierto aire socarrón.

-¿Ha mencionado su nombre? -demandó Kenneth.

-Sí, capitán. Ha dicho que era la doctora Alder.

Kenneth dejó escapar una exclamación poco correcta. ¿La doctora Alder? ¿De nuevo...?

Se mordió los labios para no dejar escapar algo gordo. A su lado, el profesor Halbein se concentró unos momentos. De repente preguntó:

-¿La doctora Alder? ¿No será Diana Alder?

Kenneth afirmó con la cabeza.

-Sí. La recogí de una casa de las afueras de Paso Robles, en la zona evacuada, y...

No continuó. Halbein le había hecho una seña.

-En este caso voy con usted. Me gustará volver a saludarla.

Se encaminó hacia la puerta, y Kenneth, íntimamente sorprendido, no tuvo más remedio que seguirle, a pesar de la poca gracia que le hacía la cosa. El soldado les indicó el camino, y llegaron a una habitación donde la doctora aguardaba impacientemente.

Al oír entrar a los dos hombres, se volvió hacia ellos. Y al ver a Kenneth empezó rápidamente a hablar:

-Capitán -dijo, sin ningún preámbulo-, considero que su actitud no ha sido ni con mucho correcta desde que hemos tenido la desgracia de conocemos. Espero que se servirá darme, de una vez por todas, una explicación definitiva a su conducta, o de lo contrario...

Se calló. Sus ojos, mientras hablaba, se habían fijado en el profesor Halbein. Y aquello le hizo interrumpir la frase. Por unos segundos dudó. Luego, al reconocer al hombre, dejó escapar una exclamación:

-¡Profesor Halbein!

Halbein, sonriendo, le tendió una mano. Y Kenneth se apartó a un lado, íntimamente contento de que aquello hubiera interrumpido, al menos momentáneamente, la verborrea de la mujer.

-No imaginé nunca poder encontrármelo aquí, profesor -murmuró la doctora-. Le creía en Columbia.

-Efectivamente, allí estaba. Pero han surgido de repente algunos asuntos que resolver aquí y... -se volvió hacia Kenneth-: La doctora Alder fue discípula mía -informó-; una de las mejores- Y luego, como extrañado-: No creía que se conocieran ustedes.

Kenneth fue a decir algo, pero la doctora se le adelantó.

-Sí, nos conocemos -su tono de voz era indiscutiblemente mordaz-. Aunque no para mi satisfacción precisamente. Qué diría usted, profesor, de una persona que obliga a alguien a abandonar su casa por la fuerza, sin darle ninguna explicación satisfactoria del motivo de sus actos?

Halbein miró sorprendido a Kenneth, y éste le relató a grandes rasgos lo sucedido. El profesor no pudo por menos que echarse a reír.

-Veo que ha habido un mal entendido -exclamó-. Tiene usted razón para mostrarse algo resentida, señorita Alder. Pero también la tiene el capitán de haber actuado como lo ha hecho. ¿No ha oído por radio los llamamientos de evacuación que se han hecho?

-La señorita está demasiado atareada para oír la radio -replicó Kenneth mordazmente.

-Bueno, pero eso no implica que ignore la situación. La zona que su casa ocupa está incluida dentro del área de evacuación total que se efectuó el día de ayer. Si se hubiera quedado allí, habría muerto irremediablemente en un plazo máximo de veinticuatro horas. Lo que hizo el capitán fue en beneficio de su propia seguridad.

-Bien, pero eso no quiere decir que tenga que hacerlo precipitadamente y sin ninguna explicación. Creo que merezco que se me diga al menos por qué tengo que abandonar tan precipitadamente mi casa, dejando todos mis experimentos y mis investigaciones a medio concluir.

Kenneth suspiró resignadamente, y el profesor se rascó pensativo la cabeza.

-A todo el mundo se le comunicó que eran medidas de seguridad. Se tenían noticias de un seísmo de particular violencia, que podía afectar gravemente toda aquella zona.

-Ya me lo dijo el capitán. Pero no soy tan tonta como parece, profesor. Es una excusa infantil. Por eso no se hace abandonar completamente una zona tan extensa, sellando encima las casas a medida que van siendo desocupadas. Además, existe el repentino aumento de radiación que detecté desde mi laboratorio. Estoy segura de que se trata de algo relacionado con la central atómica de Cambria. Porque no me van a decir que todo esto son casualidades ¿verdad?

Halbein miró a Kenneth, que le contestó con un breve encogimiento de hombros. Luego, volvió su vista hacia la profesora.

-Tal vez sea mejor que le digamos la verdad -murmuró-. Creo que será lo más sensato.

Y le relató sucintamente todo lo relativo a «la cosa». Cuando terminó, la boca de la doctora Alder era la perfecta imitación de un buzón de correos.

-¿Quiere decir entonces que todo esto...?

No terminó la frase, pero los dos hombres comprendieron perfectamente su significado. Halbein asintió con la cabeza.

-Si hubiera seguido allí tan sólo unas horas más, ahora estaría irremediablemente muerta. Como los cadáveres que se encontraron el en «Jorge Washington».

La mujer se llevó una mano a los labios, impresionada. Miró a Kenneth. Y éste vio un arrepentimiento tan completo, tan sincero en aquellos ojos azules, que instantáneamente todo su rencor, toda su irritación se esfumó como por encanto.

-Lo siento -murmuró ella-. Veo que me he portado como una estúpida. Y que le he causado muchas molestias por ello. Perdóneme.

Kenneth quiso hacer una frase irónica, pero no le salió. Se limitó a murmurar:

-Está bien; olvidémosla. Ya ha pasado.

Hubo una pausa. Kenneth quiso añadir algo más, pero tampoco le salió. Halbein fue el que salvó la situación:

-Bien, será mejor que dejemos ahora el tema. Usted pedía una explicación, y ya la ha tenido. Creo que no hace falta añadir nada más -y tras una corta pausa, en tono intranscendente-: ¿A qué investigaciones se dedica ahora?

La mujer se lo dijo: alrededor de los efectos de la radiactividad en los seres humanos. Creía que se podía llegar a contrarrestar los efectos de una dosis elevada de radiactividad en un cuerpo humano, librándole así de sus terribles efectos. Estaba a punto de terminar sus primeras experiencias con ratones, tan sólo le faltaba compulsar los resultados, cuando apareció Kenneth en su casa. Sin embargo, estaba completamente segura de que había sido un éxito.

-Si esto es cierto -dijo-, la radiactividad dejará de ser un peligro para el hombre. Se convertirá en algo completamente inofensivo.

Halbein la miró sorprendido.

-¿De qué modo?

-Mediante un nuevo compuesto orgánico que he logrado separar del conjunto atmosférico. Gracias a él en gran parte se debe el que la radiactividad se disipe en el aire en vez de permanecer perennemente en él. Una vez separado del resto de la atmósfera y activado convenientemente, se convierte en un preparado potentísimo. Tanto que, según los cálculos que he hecho, no sólo hace desaparecer la radiactividad que existe latente en el aire, la radiación pasiva, sino que incluso puede llegar a destruir la radiactividad en sí misma, es decir, la radiactividad activa del uranio en descomposición atómica.

Y la doctora Alder miró enormemente sorprendida a los dos hombres cuando éstos, como de común acuerdo, dejaron escapar aquella exclamación:

-¡¡¿Quéeee?!!

CAPÍTULO VII

«COMPUESTO 158»

La reacción de los dos hombres había sido unísona, instantánea. Las palabras de la mujer habían sonado como estridentes trompetas en sus oídos. «Incluso llegar a destruir la radiactividad en sí misma, es decir, la radiactividad activa del uranio en descomposición atómica».

Aquellas palabras no podían dar lugar a dudas. Eran bien claras. Y su significado también. Si aquello era cierto...

La doctora Alder les contemplaba sorprendida, sin saber a qué se debía aquella repentina excitación. Murmuró:

-¿Acaso he dicho alguna tontería?

Halbein fue a hablar para contestarle, y lo mismo Kenneth. Las dos voces chocaron entre sí, convirtiéndose en ininteligibles, y los dos hombres callaron simultáneamente, dejando que hablase el otro. Hubo un breve silencio. Luego, Kenneth balbuceó:

-«La cosa»...

Y se calló. Repentinamente, la doctora Alder había comprendido. Y de sus labios había brotado una exclamación. Había visto lo que se escondía tras sus propias palabras, a la nueva luz de lo que hacía poco se le había revelado, y comprendió todo su significado.

Halbein preguntó precipitadamente:

-Ha dicho que este elemento puede hacer desaparecer totalmente la radiactividad contenida en un cuerpo orgánico, por ejemplo en el de una rata. ¿Ha obtenido algún resultado concreto?

La doctora asintió con la cabeza.

-Sí, he obtenido algún éxito con radiaciones menores de una Unidad de Peligro. La radiactividad ha desaparecido totalmente en estos casos. Pero ignoro si con radiaciones superiores a una U.D. los efectos son los mismos. Precisamente esperaba los resultados de este último experimento cuando... -miró a Kenneth brevemente- cuando sucedió todo.

Halbein hizo un movimiento con la mano, quitándole importancia a la cosa.

-Eso no interesa de momento. La realidad es una: que este nuevo elemento que nos ha descrito es capaz de destruir la radiactividad en forma activa. Y que «la cosa» no es más que materia orgánica «empapada» en

radiactividad en forma activa.

La doctora Alder asintió con la cabeza.

-Comprendo dónde quiere ir a parar, y estoy dispuesta a ayudarle en todo lo que usted diga. ¿Qué es lo que debo hacer?

Halbein se mesó la barbilla.

-Creo que antes de decidir nada debemos discutir un poco sobre esto, con extensión y sin apresuramientos inútiles. Debemos estudiar todos sus factores desde todos los ángulos posibles. Doctora Alder, desde este mismo momento queda agregada oficialmente a la Comisión Investigadora del asunto «Jorge Washington», ahora Comisión «la cosa».

La conversación que sostuvieron la doctora Alder, Halbein y Kenneth se desarrolló en el laboratorio particular que el profesor tenía instalado en la ciudad de Columbia.

En ella, la doctora Alder explicó ampliamente y con gran cantidad de detalles cómo había llegado hasta aquel punto en sus estudios. Sus observaciones respecto a la gradual desaparición de la radiactividad en la atmósfera, su convencimiento primitivo de que allí debía existir «algo» que era lo que motivaba aquel paulatino desvanecimiento, su teoría de que debía de existir algún elemento en el aire que actuaba sobre la radiactividad, destruyéndola, lenta pero eficazmente, hasta terminar por hacerla desaparecer, las investigaciones que había hecho al respecto...

Al final había llegado a una conclusión satisfactoria: en la atmósfera terrestre existía un elemento que activaba la nulificación de la radiactividad. No era sólo cuestión de la propia radiación el que ésta, al cabo de un tiempo, desapareciera. Pero quedaba en pie una incógnita: ¿cuál era este elemento?

Desde un principio la doctora había iniciado sus investigaciones. En la aislada casa que había construido en las afueras de Paso Robles, había montado un completo laboratorio, donde había dedicado todo su tiempo a aquella labor. Tenía que seleccionar, entre la gran cantidad de elementos existentes en la atmósfera terrestre, el que actuaba sobre la radiactividad, acelerando su proceso de nulificación.

Tuvo que trabajar mucho tiempo y desechar muchas composiciones antes de obtener su primer resultado positivo. Primero fue un compuesto de siete elementos el que le dio resultado. Pero comprobó que era muy lento, mucho más que el propio aire. Siguió investigando. No tardó en comprobar

que, añadiéndole un octavo elemento, su acción era más rápida. Y finalmente, al añadirle un noveno, el compuesto resultante tuvo el mismo efecto, en tiempo y en intensidad, que el de la propia atmósfera. Había logrado separarlo del resto de los elementos atmosféricos.

Aquel compuesto era el número 153 de los que ensayaba desde que iniciara sus investigaciones. Por lo tanto, recibió el nombre de «Compuesto 153».

Sin embargo, aquello no era el fin de su trabajo. Todavía quedaba mucho por hacer.

En primer lugar, aquel compuesto de nueve elementos se encontraba en el aire a razón de un átomo cada cinco millones de átomos. Si lograba reunirlos entre sí, separarlos del resto del aire, «destilarlos», el efecto sería mucho más intenso y, por ende, mucho más rápido. Si lograba concentrarlo...

Y se dedicó enteramente a ello. Los experimentos, las pruebas fueron sucediéndose. Todavía quedaba mucho camino por recorrer. Lentamente, paso a paso, fue avanzando hacia au objetivo. Fue tratando el compuesto, activándolo, concentrándolo, recrudeciéndolo... hasta que al fin, tras muchos esfuerzos y mucho trabajo, logró lo que deseaba. El verdadero «Compuesto 153». El Compuesto que destruiría la radiactividad.

-Pero sus efectos todavía no están enteramente experimentados -hizo la observación-. Todavía no sé con seguridad si también actuará con éxito sobre radiaciones mayores. Sólo puedo garantizar su efectividad en radiaciones menores a una U.D.

-Eso no importa -fue la respuesta de Halbein-. Lo realmente importante es que puede convertirse en un arma contra «la cosa». El arma que necesitamos. Y la que tiene entre nuestras manos mayores garantías de éxito.

Sin embargo, existía una gran dificultad. La fórmula de obtención final del compuesto era bastante complicada, con gran cantidad de operaciones previas y un enorme empleo de elementos. La doctora Alder no la recordaba en su totalidad. No podía reproducirla de memoria, y su resolución a través de todo el proceso llevaría meses de trabajo. Todos sus apuntes habían quedado en su casa, y ahora la radiactividad la hacía inaccesible para el hombre.

Aquello enfrió unos momentos los ánimos. Pero Kenneth encontró rápidamente la solución.

-No importa -murmuró-. El traje antirradiactivo que usé para mi primera investigación cerca de «la cosa» está de nuevo en condiciones de ser utilizado. Puedo trasladarme hasta allí con él, y rescatar las fórmulas. No será demasiado difícil.

Así lo hizo. Un helicóptero, guiado por el propio Kenneth, lo trasladó hacia allí. La radiactividad era de seis U.D., pero aquello no importaba. Penetró en la casa, y no tardó en encontrarse de nuevo en la misma habitación-laboratorio donde viera por primera vez a la doctora. En una jaula especial, acondicionada, se encontraban los ratones con los que experimentara su descubrimiento. Estaban muertos por la radiactividad de «la cosa». Buscó en el lugar que la propia doctora le indicara, y no tardó en encontrar los apuntes. Los cogió, y regresó al helicóptero.

Su regreso a la base fue más difícil. Tuvo que destruir el helicóptero, llevándolo por control remoto al mar, debido a la radiactividad que había adquirido. Su traje, hecho especialmente para ello, rechazaba las radiaciones, adquiriendo tan sólo una ínfima parte de ellas. Pero los papeles de los apuntes estaban impregnados. Hubo que sacar fotografías especiales desde el interior de una cámara aislada, y luego destruirlos también. Pero al fin logró llegarse al final del objetivo propuesto. Tenían entre sus manos todo lo que precisaban. Podían lanzarse a obtener el «Compuesto 153».

Era arduamente difícil llevar a término en un determinado tiempo una empresa que necesitaba para su perfecto desarrollo un mínimo de cinco veces más el tiempo establecido. Sin embargo, Halbein, Kenneth y la doctora Alder supieron conseguirlo.

La tarea de obtener el «Compuesto 153» era extremadamente complicada y ardua. Sin embargo, los dos hombres y la mujer, trabajando en colaboración, se dedicaron enteramente a ello, pudiendo conseguirlo en un tiempo verdaderamente récord. Cierto que consiguieron inmediatamente toda la ayuda que necesitaron, tanto en hombres como en material, del ejército de los Estados Unidos, pero esto no restó en absoluto méritos a su esfuerzo.

El proceso de obtención y transformación tuvo efecto en el laboratorio del profesor Halbein, en Columbia. Tras un trabajo febril que duró veinticuatro ininterrumpidas horas, y en el que trabajaron ciento catorce hombres instalando todo lo que necesitaban (filtradores, electrodos, arcos voltaicos, etc., hasta formar todo el mecanismo del proceso), el «Compuesto

153» pasó a ser una fórmula físico-química escrita en un papel a un líquido incoloro, transparente, translúcido, de aspecto oleaginoso y elevado peso, muy volátil en el aire pero que conservaba indefinidamente toda su estructura y propiedades en el vacío.

La primera cantidad que obtuvieron, resultante de «destilar» cinco mil litros cúbicos de aire, apenas ocupaba un volumen de quince centímetros cúbicos. Sin embargo, era suficiente como para destruir totalmente la radiactividad que pudiera albergar un cuerpo humano, al menos teóricamente, en un orden de cinco U.D. Lo cual lo convertía en un elemento de elevado poder.

Por aquel entonces, mientras tanto, «la cosa» había alcanzado ya el proyectil que contenía el uranio, asimilando de nuevo toda la radiactividad que precisaba para poder seguir subsistiendo.

Es preciso hacer aquí un inciso para explicar que el disparar el proyectil y hacer que su órbita de torpedo fuera hiperbólica, no obedecía tan sólo a una circunstancia más o menos relativa. Tenía sus bases fundamentadas. Kenneth y el profesor Halbein lo habían estudiado concienzudamente antes de ponerlo en práctica. La trayectoria del proyectil conduciría al cohete con el uranio directamente hacia el polo sur, siguiendo la línea trazada. Lo cual haría que «la cosa», al seguirlo, se apartara suficientemente de las más próximas instalaciones atómicas que albergaban materias radiactivas como para necesitar algunos días en volver a ellas.

Y los resultados confirmaron las predicciones. «La cosa» alcanzó al cohete casi a la altura de la Tierra de Fuego. Allí, ahíta de radiactividad (los cálculos hechos por el avión y el navío de observación que la seguían revelaron que ésta había aumentado, en su masa, a veintisiete U.D.), ya no tuvo prisa en encontrar un nuevo «filón». Volvió a recuperar su pausado ritmo de marcha, sin apresurarse. Lo cual quería decir que no llegaría a la costa de los Estados Unidos, lugar más próximo donde hallaría radiactividad, hasta dentro de cinco días.

Era casi una semana de margen que tenían Halbein, Kenneth y la doctora Alder para preparar su ofensiva.

Sin embargo, las dificultades volvieron a presentarse muy pronto. Y el profesor Halbein fue quien primero las dejó entrever.

-Bien -dijo, cuando el «Compuesto 153» era ya una realidad-. Hemos

obtenido y tenemos entre nuestras manos el arma con la que podemos derrotar a «la cosa». Pero se nos presenta una dificultad. ¿Sabemos si responderá como nosotros esperamos? ¿Sabemos ciertamente si le afectará en algún grado, o bien si será insensible a ella? ¿Conocemos siquiera si dará resultado?

Se miraron entre sí. Kenneth comprendió la lógica de las palabras de Halbein. Pero la doctora no. Ella, en el fondo, confiaba ciegamente en su invento.

-¿Y por qué no ha de resultar? -preguntó.

-Usted mismo lo ha reconocido, doctora. Aunque confía en ello, ha dicho que no sabía si actuaría con toda su eficacia en radiactividades mayores de una U.D. ¿Cómo vamos entonces a saber si es eficaz en un tipo de radiactividad que asciende a más de veinticinco?

La doctora tuvo que reconocer que Halbein tenía razón.

-Entonces, ¿qué podemos hacer?

Halbein miró a Kenneth. Y éste comprendió que era él el que tenía que responder a aquella pregunta.

Carraspeó visiblemente.

-No creo que sea una cosa fácil lo que nos queda por hacer ahora -murmuró, contemplando pensativamente la pequeña ampolla al vacío que contenía en compuesto, y que tenía a su lado, sobre la mesa del laboratorio-. No nos quedará más remedio que hacer la prueba sobre el terreno, en la misma «cosa». Si es realmente efectiva, lo sabremos al instante. Si no... -dudó unos momentos-. En fin, creo que es mejor no ser pesimistas.

Calló. Halbein aprobó sus palabras con un movimiento de cabeza. La doctora Alder quedó unos momentos pensativa.

-Naturalmente -murmuró, al cabo del tiempo-, esta prueba tendrá que hacerse directamente sobre «la cosa», en el mar.

Halbein y Kenneth afirmaron con la cabeza. La doctora volvió a quedar pensativa, y suspiró.

-Creo que no va a ser posible, profesor -dijo-. Al menos, en el interior del mar.

Los dos hombres la miraron sorprendidos.

-¿Y por qué no?

-Es algo difícil de explicar, pero en síntesis muy sencillo. Simplemente, porque el «Compuesto 153» pierde el noventa y cinco por

ciento de su potencia en el interior del agua.

Halbein pegó un bote en el asiento.

-¿Cómo

-Sí, profesor. Lo he analizado cuidadosamente desde hace tiempo. Es algo complicado de indicar en fórmulas y reacciones, pero en su base es muy simple: en el agua destilada no sucede nada, pero en el agua natural, el compuesto reacciona con algunos elementos que ésta contiene en su seno. Y, naturalmente, su poder disminuye enormemente. Casi en un noventa y cinco por ciento.

Halbein parecía confuso por aquella noticia. Murmuró:

-Pero, entonces...

Dejó escapar una maldición en voz baja. Si algo no se esperaba era aquello. Ahora que parecía que todo estaba solucionado, volvía a derrumbarse de nuevo. Perdía su efecto. Entonces, ¿cómo diablos podrían...?

Empezó a pensar desesperadamente.

-No podemos hacer que se remonte a la superficie -murmuró, como para sí mismo-; sería demasiado expuesto. Y tampoco podemos esperar a que emerja del agua y llegue a tierra. Necesitamos un margen de seguridad. Y sin embargo, hemos de hacer algo. Pero, ¿qué?

Durante unos momentos permanecieron silenciosos los tres. Halbin se puso a pasear desesperadamente por el laboratorio. En aquel momento se abrió la puerta y penetró el mayor Convair. Iba a decir algo, pero se detuvo al ver las caras de los allí reunidos. Nadie prestó apenas atención. Kenneth murmuró, dubitativo:

-Creo que deberemos arriesgarnos...

Halbein dio un puñetazo sobre la mesa del laboratorio.

-¡No! Ha de existir otra solución. Estoy seguro. Y he de encontrarla.

Sus ojos se fijaron distraídamente en la figura del mayor Convair que, impresionado por el aspecto de la reunión, permanecía a un lado, silencioso. Por unos momentos observó su uniforme, sus galones, casi sin ver. Y de pronto dejó escapar una exclamación:

-¡Claro! ¡Ya está!

Kenneth y la doctora le miraron ansiosos. Halbein se dio una palmada en la frente,

-¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? -murmuró-. ¡Es lo único que

necesitamos para saber si el «Compuesto 153» es o no efectivo contra «la cosa»!

-¿Qué es? -se atrevió a preguntar Kenneth.

Halbein se volvió hacia él.

-¿Pero, no lo ha visto todavía? Lo único que necesitamos es un duplicado de «la cosa». Un duplicado sobre el que podamos experimentar, con el que podamos probar la efectividad del compuesto. En sí, nada es más fácil que obtenerlo. No tenemos a nuestra disposición «la cosa», ¿verdad? ¡Pues entonces, «la fabricaremos»!

CAPÍTULO VIII

LA PRUEBA

Un silencio pesado acogió aquellas palabras.

Kenneth y la doctora Alder cruzaron entre sí una sorprendida mirada. El mayor Convair, ignorante de lo que allí se hablaba, miraba fijamente al profesor. Y éste volvió a dar un puñetazo contra ¡a mesa del laboratorio.

-¿Qué les sucede? ¿Acaso les sorprende lo que acabo de decirles? Pero si no hay nada más fácil.

Kenneth levantó una mano.

-Con permiso, profesor, creo que...

Halbein se echó a reír.

-Sé lo que va a decirme, y les ruego que no se alarmen. Al principio suena raro lo que he dicho, lo comprendo, pero si lo piensan un poco verán que es la solución ideal. Al fin y al cabo, «la cosa» no fue más que el imprevisto resultado de un experimento atómico hecho en gran escala. Si nosotros repetimos el mismo experimento, pero a escala más reducida, obtendremos los mismos resultados, pero también en menores proporciones. ¿No ven lo que quiero decirles? Podremos «fabricar», valga la palabra, un duplicado de «la cosa» idéntica a ella en todo, salvo en su tamaño y magnitud.

-Pero esto será peligroso -objetó la doctora.

-No, en absoluto. Piensen un poco. Usted lo sabe, Kenneth. Cuando vio a «la cosa» por primera vez, consiguió retener en la sonda del contador un poco de su misma materia. Era en todo idéntica a ella, era un pedazo de su propia masa. Sin embargo, no era peligrosa. Pudo traerla hasta el submarino, y yo pude analizarla. «Murió» al poco tiempo. ¿Por qué? La respuesta es muy fácil. Su poco tamaño hacía que no conservara la radiactividad de su cuerpo. La expedía con mayor rapidez, la perdía a un ritmo mucho más acelerado. Por lo tanto, si «creamos» una nueva «cosa» de poco tamaño, de poca masa, podremos experimentar con ella sin ningún temor. Será inofensiva.

Kenneth no pareció convencido.

-Pero, ¿cómo lograremos aislarla de nosotros mismos, evitar que se escape? Usted mismo dijo que no hay ningún receptáculo que pueda contenerla impunemente. Puede escapar de cualquiera de ellos usando su propia radiactividad como arma liberadora.

Halbein se echó a reír.

-Me extraña que me haga esta pregunta, capitán. ¿No le extraña, entonces, que la pequeña masa que usted capturó con la sonda no se le hubiera escapado también del mismo modo?

Kenneth pareció desconcertado.

-La verdad, no...

-Bien, lo comprendo. No ha caído en ello. En sí, la cosa es muy fácil. «La cosa» puede usar su radiactividad, activándola al máximo, como arma desintegradora para destruir cualquier «jaula» en la que se la encierre. Pero en este caso «la cosa» que propongo es mucho más pequeña que la otra. Y aunque en intensidad la radiactividad sea la misma, en cantidad es mucho menor. Y para usarla del modo que he indicado se necesita una cantidad bastante considerable. Las alternativas son dos: o la nueva «cosa», la usa, perdiendo con esto toda la radiactividad que le da vida, y muere, o bien no la usa, con lo cual resulta impotente para «abrir» su jaula. La prerrogativa es muy simple, y no queda más que un camino para ella: no usarla. Luego, es impotente.

A Kenneth y a la doctora no les quedó más remedio que admitir la razón que tenían las palabras del profesor Halbein. Era algo de pura lógica.

Halbein se volvió hacia Convair.

-Creo que vamos a tener de nuevo trabajo -le dijo-. Y vamos a necesitar urgente y numerosa colaboración por parte del ejército. El tiempo vuela, y el margen que nos queda es muy corto. Cada minuto que pasa es un tanto a favor de nuestro adversario. Vamos, hemos de actuar rápidamente.

* * *

Sin embargo no fue tan fácil llevar a la práctica el nuevo plan que habían trazado. Fue preciso batallar mucho con el Departamento de Defensa antes de lograr el permiso necesario para llevar a cabo la explosión idéntica a la producida en el atolón de Gatka, aunque en mucho menor escala, que necesitaban. Se trataba de algo que fue considerado «muy peligroso». Las discusiones fueron sucediéndose sin que se resolviera nada concreto. Y el tiempo también.

Fue preciso que Halbein se impusiera con toda su energía para poder llegar a una solución. Les habló claro.

-Hay dos posibilidades -les dijo-, para los Estados Unidos, para nosotros y para el mundo. Que venzamos a «la cosa», o que sea ella la que

resulte triunfante. Para vencer nosotros, es indispensable que esta explosión experimental, «de bolsillo», se produzca. Si no, no cabe ninguna duda sobre cuál será el resultado: «la cosa» será la que venza. Y aquello significará el fin de la humanidad. Ahora, decidan lo que ha de hacerse.

El resultado, después de estas palabras, fue instantáneo. Halbein obtuvo el permiso necesario.

La prueba se realizó en la cámara de experimentación atómica especial de Los Álamos. Halbein lo preparó todo concienzudamente. La gran cámara de pruebas fue acondicionada completamente. En un recipiente inferior, expuesto de pleno a los efectos de la microexplosión, se había colocado una pequeña cantidad de materia orgánica, compuesta por materias similares a las que formaban el fondo fangoso del Pacífico. Al mismo tiempo, directamente encima de ella había sido instalado, en el interior de un recipiente especial al vacío, el «Compuesto 153». Toda la cámara había sido recubierta con una protección antirradiactiva similar a la del traje especial que usara Kenneth, a fin de proteger de las radiaciones a los que observaban la prueba.

Los últimos minutos transcurrieron lentamente, mientras los técnicos especialistas ultimaban los preparativos. Kenneth, Halbein y la doctora Alder observaban a través del visor especial todo lo que acontecía en el interior de la cámara. En el fondo se encontraba la materia orgánica, formando como una especie de breve limo de un color amarronado, como una jalea. Y encima, a unos cincuenta centímetros de distancia, el recipiente que contenía el «Compuesto 153», dispuesto a arrojar encima de «la cosa» que tenía que formarse, en forma de finísima lluvia, su contenido.

Al final estuvo todo dispuesto. Los tres se encasquetaron las lentes especiales de cristal oscuro, y Convair y el director técnico de la operación, haciendo lo mismo, fueron a colocarse a su lado. El director indicó a Halbein que todo estaba listo, inquirió si podía iniciarse la prueba.

-Sí -indicó el profesor-. Creo que sí.

El hombre hizo una seña hacia su derecha, y uno de los hombres que se encontraba allí, el encargado de llevar a cabo la parte manual de la operación, accionó los controles necesarios para poner en marcha el mecanismo de fisión.

Y la prueba comenzó.

Fue una experiencia que ninguno de los allí presentes olvidó en toda su vida. Era algo que nadie antes que ellos había tenido ocasión de contemplar.

Durante los primeros dos minutos no sucedió absolutamente nada. Luego, exactamente a los dos minutos y catorce segundos, se produjo, repentinamente, sin que nada lo indicara con antelación, la explosión de la materia fisionable.

Fue una explosión pequeña, de poca importancia. Apenas una centésima parte de la realizada sobre Gatka. Sin embargo, el resplandor que produjo cegó momentáneamente a todos los que la contemplaban, a pesar de las gafas protectoras, intensamente oscuras. Transcurrieron unos minutos en los que apenas vieron nada de lo que había al otro lado. Luego, a medida que el resplandor de la explosión decrecía, volvieron a poder contemplar el interior de la cámara.

Y entonces «lo vieron».

Grandes ventiladores situados ex profeso en la parte superior de la cámara habían arrojado con violencia la radiactividad contra la pequeña masa de lodo orgánico que yacía en el fondo. Y a medida que transcurrían los segundos, éste empezó a fosforescer. Primero fue algo imperceptible, pero que cada vez iba aumentando en intensidad, hasta adquirir el intenso tono plateado que ya conocían de la otra «cosa», con todo su brillo y su fosforescencia. Y entonces empezó a moverse, a elevarse en el aire por sí mismo, movido por una vida interior, propia.

¡Lo habían logrado! ¡Habían logrado crear una nueva «cosa»!

Halbein, contemplando cómo al otro lado del cristal antirradiactivo la nueva masa viviente se movía por sí misma, sintió la boca seca. Habían logrado llevar a buen término la primera parte, la fase preliminar. Ahora faltaba la segunda. El «Compuesto 153», ¿daría resultado? Era la incógnita que tenían que despejar.

Llevó la mano a la llave que liberaría el compuesto. A él le correspondía hacerlo. La tenía allí delante, junto a su mismo brazo, Sólo tenía que hacer un ligero movimiento, y ya estaría.

Sin embargo, dudó unos instantes. Aquel simple gesto era algo que iba a decidir definitivamente el éxito o el fracaso de todo el experimento.

-Tengo miedo -confesó. Las consecuencias eran demasiado

aplastantes. Nadie le respondió. Todos sentían el mismo temor y la misma aprensión que él.

Al fin, Halbein se decidió. No podían perder más tiempo. Su mano se movió en un impulso rápido, y accionó la llave.

Instantáneamente, un delgadísimo y múltiple chorro de líquido liberado salió del receptáculo superior, rociando abundantemente el pequeño duplicado de «la cosa».

Los corazones de los cinco seres que contemplaban el experimento latieron desacompasadamente. Al otro lado del enorme y grueso cristal, «la cosa» pareció recibir en su seno una fuerte descarga eléctrica. Como sacudida por un rayo, se movió epilépticamente, se replegó sobre sí misma, huyendo del chorro del «Compuesto 153». Se lanzó hacia un lado. Y allí permaneció recogida junto a una pared, palpitando fuertemente, como si se tratara de un inmenso corazón.

Pero siguió brillando igual que antes, sin perder en lo más mínimo ninguna de sus propiedades.

El «Compuesto 153», a pesar de todo, no había causado el menor efecto.

Halbein sintió que el corazón se le detenía bruscamente en su pecho, y lo mismo les sucedió a los otros cuatro espectadores directos de la prueba. El «Compuesto 153» había sido desalojado totalmente de su receptáculo, se encontraba repartido en todo el ámbito de la cámara, mezclado con el aire existente. Los cálculos de la doctora Alder, hechos sobre las bases de la radiactividad desarrollada por la explosión y del volumen de la cámara, habían demostrado que aquella cantidad era suficiente como para destruir totalmente a «la cosa», eliminar por completo su radiactividad. Y sin embargo, nada había sucedido. «La cosa» seguía allí, en un rincón de la cámara, indemne. No había sucedido nada. El compuesto no la había afectado en lo más mínimo.

-Sabíamos que podía suceder -murmuró Kenneth, como queriendo buscar una justificación al fracaso-. No debemos afligimos demasiado por ello.

Halbein asintió. Sí, era cierto. Sabían que podía fracasar. Pero aquello no era un consuelo. Hasta entonces habían confiado en su éxito. Estaban seguros de que el «Compuesto 153» sería la solución. Y sin embargo...

La doctora Alder meneó pensativamente la cabeza.

-No lo comprendo -musitó-. Teóricamente, no podía fallar. Era imposible.

-Tal vez fuera demasiada radiactividad -opuso el mayor Convair-. Incluso para el Compuesto.

-Sí; pero «la cosa» pareció sentirse afectada en el momento en que recibió la lluvia pulverizada del Compuesto. Pareció en los primeros momentos que el resultado sería satisfactorio.

-Pero no lo ha sido -la observación de Kenneth fue concluyente-. Y a pesar de todo hemos de admitirlo. Ha sido un fracaso.

Todos los ojos se dirigieron hacia el interior de la cámara. «La cosa» seguía en un rincón, moviéndose lentamente, avanzando pegada siempre a la pared. Estaba indemne. Sin embargo, su brillo iba menguando lentamente, poco a poco. Convair hizo la observación de que tal vez sí estuviera haciendo efecto el Compuesto. Pero Halbein le quitó rápidamente sus esperanzas. Aunque no hubiera sido arrojado el Compuesto sobre ella, «la cosa», no hubiera sobrevivido más allá de media hora. No era el efecto del Compuesto, sino de su propia pérdida de radiactividad. A pesar de todo, a pesar del fracaso de la experiencia, «la cosa» también estaba perdida. Pero era un parco consuelo. «La cosa», la verdadera «cosa», la que seguía flotando en el Pacífico, no estaba perdida. Y el fracaso del «Compuesto 153» indicaba que podría continuar impunemente su búsqueda de elementos radiactivos, sin que nadie pudiera detenerla, y sembrando a su paso la muerte y la desolación. Si no se encontraba pronto alguna otra solución, algún otro medio de detenerla definitivamente, destruirla o anularla, el mundo, a corto o a largo plazo, estaba perdido.

* * *

Uno de los técnicos especialistas regresó de un departamento anexo, trayendo entre sus manos una gráfica de la evolución de la radiactividad, tomada por contadores de la máxima precisión.

La examinaron. En el punto cero de la explosión, la radiactividad había alcanzado diecisiete U.D.; catorce segundos después, ésta se transformaba en una máxima de treinta y dos con siete décimas, algo completamente inimaginable en cualquier otro tipo de bomba. Sin embargo, la radiactividad había decrecido rápidamente. «La cosa», al formarse, necesitaba

asimilar gran cantidad de radiación. Y así, pronto la radiación ambiente se convirtió en veintisiete U.D., que era la cifra tope de radiactividad activa de «la cosa». En el aire quedó un resto de doce U.D.

Y entonces se dejó libre el compuesto.

La radiactividad del aire circundante sufrió un brusco descenso hasta casi el cero, al expandirse el compuesto. Pero «la cosa», a pesar de ello, siguió con su radiactividad latente, sin perderla más aprisa de lo normal.

Por otra parte...

El profesor Halbein había hecho poco antes de iniciar la prueba un descubrimiento que, por lo fortuito, no era menos interesante; había descubierto que el «Compuesto 153», a pesar de encontrarse en forma de vapor, era visible y detectable por mediación de los rayos X. Lo cual quería decir que, aunque fuera invisible para el ojo humano, podía fotografiársele por aquel medio.

Pronto pudieron contemplar la película resultante de aquella fotografía. «La cosa», perdida ya toda su radiactividad, había vuelto a ser lo que era en un principio: un montón de materia orgánica muerta que yacía en el suelo, en el fondo de la cámara. La radiactividad del ambiente había sido eliminada por el Compuesto. Los cuatro hombres y la doctora pasaron a la cámara de proyección, donde no tardaron en ver la película.

El corto film reveló muchas cosas. El compuesto, al ser disparado, se lanzaba a gran presión y a gran velocidad sobre «la cosa». Y, al entrar en contacto con la superficie de ésta, era rechazado.

La cámara lenta les permitió apreciar al detalle aquel proceso. Al recibir la lluvia del compuesto, se sucedía un rechazo doble. «La cosa» se lanzaba hacia atrás, al mismo tiempo que repelía a la lluvia que caía sobre ella. Ésta reculaba en la misma dirección en que había venido, mezclándose con el aire al evaporarse.

Sin embargo, su efecto no se anulaba, y actuaba enérgicamente sobre la radiactividad del aire circundante de la cámara, eliminándola en su totalidad. Lo cual quería decir que el Compuesto, a pesar de todo, era efectivo en radiaciones superiores incluso a diez U.D.

Y sin embargo, no era efectivo en la radiactividad de «la cosa».

-No es demasiada radiactividad lo que lo hace inefectivo -murmuró Halbein como para sí mismo, después de presenciar varias veces la película-.

No puede ser demasiada radiactividad. Ha de ser otro el motivo.

Y no tardó en encontrarlo.

En realidad, quedó demostrado, no era la radiactividad en sí lo que hacía inefectivo al Compuesto, sino la combinación de la radiactividad con la materia orgánica de «la cosa». Cuando el «Compuesto 153» actuaba sobre un cuerpo atacado por la radiactividad, su éxito era fulminante. El cuerpo no era más que materia normal atacada, impregnada de radiactividad. En cambio, «la cosa» no. No era un cuerpo atacado por la radiactividad, sino un cuerpo que tenía la radiactividad formando parte de su propia materia, incluyéndola dentro de sí misma. «La cosa» y la radiactividad que almacenaba en su masa eran dos cosas estrechamente unidas, inherentes entre sí. No podía existir la una sin la otra. Y esto hacía que «la cosa» fuera invulnerable al Compuesto.

-Pero a pesar de todo acusa su presencia -observó Kenneth.

Halbein le miró, entre sorprendido e interesado.

-¿Cómo ha dicho?

-Que «la cosa» acusa la presencia del Compuesto -repitió Kenneth-. Recuerde que, cuando recibió el primer «golpe» de la lluvia, se movió de un modo epiléptico, fue rechazada también. Y la película nos ha revelado que aunque el Compuesto fuera repelido, ella también lo fue.

Halbein asintió pensativo con la cabeza.

-Sí, claro. En eso no había caído.

-Pero esto no significa nada -observó la doctora Alder-. No varía en nada el resultado.

Halbein levantó rápidamente una mano.

-Alto. No me atrevería a decir eso tan a la ligera. ¿Estamos seguros de que no varía en nada el resultado?

Siguieron unos instantes de silencio. Y de repente, el profesor se dio una fuerte palmada en la frente, dejando escapar una fuerte exclamación.

-¡Dios santo! ¡Cómo no se me habrá ocurrido antes! ¡Pero si esto es la solución de todo nuestro problema!

CAPÍTULO IX
EL FIN

Paren las máquinas -ordenó Kenneth, observando atentamente la pantalla del radar.

El rumor de los motores del «Kraken» fue amenguando, hasta terminar por extinguirse por completo. El silencio se hizo en la cabina.

El encargado del contador comunicó:

-Radiactividad, dos décimas.

Kenneth echó un nuevo vistazo a la pantalla. Luego se volvió. A sus espaldas, el profesor Halbein, la doctora Alder y el mayor Convair contemplaban el recuadro deslustrado del radar, donde la aguja movible señalaba constantemente un punto luminoso.

-Bien, ya hemos llegado -murmuró-. Es hora de actuar.

Halbein asintió enérgicamente. Sí, era hora de actuar. Habían llegado ya a su punto de destino.

Kenneth dio a Collins, el segundo de a bordo, las últimas instrucciones, y se dirigió hacia la esclusa estanca de salida. Allí, en el pequeño departamento anexo, se puso el traje hermético antirradiactivo, con la ayuda de Halbein y un par de marinos. Faltaba tan sólo la escafandra. Con ella en la mano, Kenneth se volvió hacia la doctora Alder y el mayor Convair.

La doctora fue la primera que le alargó la mano.

-Que tenga suerte, capitán -murmuró. Su nerviosismo se notaba a la legua, y era natural. Kenneth también estaba nervioso, y lo mismo les sucedía a Halbein y a Convair. Lo que iban a hacer iba a ser el final de aquella aventura. O el principio de otra mucho más horrorosa.

-La tendré -contestó-. Es su invento el que va a entrar en juego contra «la cosa». Y tengo fe en él.

La mujer sonrió. Y Kenneth se preguntó, a la vista de aquella sonrisa, cómo pudo llegar a sentir alguna vez animadversión contra aquella criatura.

Halbein y Convair también le estrecharon la mano, deseándole suerte. Se encasquetó el grueso yelmo, comprobando el funcionamiento correcto de los aparatos de aire y presión. Delante del visor, el profesor Halbein, en un último gesto, cruzó los dedos en señal de suerte. Kenneth lo imitó, y se dirigió hacia la esclusa.

En el exterior, permaneció unos momentos flotando en medio del

agua, sin moverse. Observó el submarino. Visto desde allí, presentaba un aspecto enormemente abultado, deforme. En su parte inferior se divisaba un enorme bulto, de unos cincuenta metros cuadrados de volumen y de forma tubular, como la de un inmenso cohete o torpedo. Estaba sujeto al submarino por hilos invisibles, que lo mantenían firmemente unido a él. Kenneth, flotando, se dirigió hacia allí.

Visto desde cerca, podían apreciarse con mayor claridad los detalles de su estructura. Era metálico, y su forma recordaba vagamente la de los antiguos globos zeppelines, aunque de forma más acusadamente cilíndrica. Por la disposición de sus aparatos de mando y por su misión específica, se parecía más bien a uno de los «marranos» italianos usados durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial[2]. En la parte superior, la que correspondía a la torreta de un submarino normal, se encontraba una pequeña estructura metálica que sobresalía del resto. Kenneth se dirigió hacia allí. En sí, aquella estructura no era más que una pequeña torreta de mandos, desde la cual se podía guiar el aparato. Kenneth se tendió en ella, afianzando su cuerpo en los aseguraderos, y comprobó la asequibilidad de los mandos.

En sí, aquel enorme armatoste no era más que un submarino en miniatura, provisto de dos hélices posteriores, y cuyo gran cuerpo no era más que un inmenso depósito vacío. Pero un depósito cuyas paredes estaban dotadas de una capa líquida intermedia, ocupada totalmente por cincuenta litros de «Compuesto 153». Aquélla iba a ser la prisión en la que iba a terminar sus días «la cosa»... si el plan salía bien.

Kenneth tenía confianza en ello. Había sido estudiado muy concienzudamente, y además, dependía demasiado de ello como para permitirse dudar. Sin embargo, siempre quedaba una duda, un imprevisto, algo que no podía afirmarse categóricamente, por completo...

La misión de aquel inmenso aparato no era otra que la de encerrar en su interior a «la cosa». Pero encerrarla de un modo que no pudiera huir, escaparse de allí. Y para ello se encontraba, formando la pared intermedia, el «Compuesto 153».

Sus experiencias habían demostrado que la teoría desarrollada por el profesor Halbein posteriormente a la prueba de Los Álamos, respecto a los efectos del «Compuesto 153» sobre «la cosa», era exacta. El Compuesto no mataba a «la cosa», no terminaba con ella, por el motivo ya reseñado. Pero

esto no quería decir que no la afectara. La cosa rehuía el Compuesto, al igual que el hombre rehuía la electricidad, aunque ésta fuera de escaso voltaje. El Compuesto no la dañaba, no la destruía, pero por su propia naturaleza la repelía.

Y aquí estaba el punto clave de la cuestión. Si se lograba construir un enorme depósito, una enorme jaula hermética en la que se pudiera encerrar a «la cosa», se construían sus paredes dobles y en medio una capa de Compuesto, «la cosa» estaría perdida. Se encontraría, por primea vez, prisionera allí dentro. Si intentaba, valiéndose de sus poderes radiactivos, desintegrar una sección de la pared, haciendo un hueco para huir, se encontraría con el compuesto que, en forma de chorro, se lanzaría contra ella. Y aquello neutralizaría sus propósitos.

Fue preciso vencer una gran cantidad de obstáculos para lograr lo que en un principio sólo fue utopía sobre el papel. Primero, obteniendo la cantidad de Compuesto que era necesario. Luego, construyendo el propio depósito, y dotándolo de todos los accesorios y todos los dispositivos necesarios para hacerlo infalible, dentro de lo posible. No se podía andar a la ligera, era preciso prevenirlo todo. Y por eso fueron cuidados al máximo todos los detalles. El primero, evitar que, si «la cosa» abría un orificio en la pared, todo el Compuesto se escapara por él, dejando expedito el resto del camino. A tal fin se había mezclado el Compuesto con un elemento «coagulador» que, al contacto con el aire, se solidificara, impidiendo el paso de una gran cantidad de Compuesto por la abertura. Asimismo, teniendo en cuenta la nulificación de los efectos de éste en el agua, fue preciso instalar una barrera electromagnética en la compuerta de entrada que impidiera el paso de ésta al interior de la cámara. Asimismo, un dispositivo automático fue instalado en la juntura de la compuerta que permitiría el paso a «la cosa», de modo que, al cerrarse ésta tras ella, el tabique de separación de la pared intermedia del compuesto desapareciera, unificándolo todo en uno, a fin de que «la cosa» no pudiera hallar en aquel punto un lugar propicio para escapar.

Y así, con todo calculado hasta el mínimo detalle, fue construido el enorme «marrano». Sin embargo, a pesar de todas las precauciones, siempre quedaba, algo al albur. Un detalle imprevisto, un golpe del factor suerte... Teóricamente, la trampa tenía que resultar. Pero ¿resultaría también en la práctica?

Tendido en la parte antero-superior del enorme «marrano», Kenneth contempló por unos instantes la oscuridad que le rodeaba. Se encontraba a tres mil metros de profundidad. Y allí, diametralmente frente a él, según indicaba el radar, debía de encontrarse «la cosa».

Encendió la pequeña pantalla de radar de que iba equipado el aparato, y no tardó en detectar, casi frente mismo a él, aunque a una considerable distancia, la mancha. Allí estaba. Conectó el micrófono que le unía por radio con el submarino, y dio la orden:

-Estoy listo para partir. Suelten los sujetadores.

Encima mismo de él, de la parte inferior del «Kraken», le llegaron varios apagados «pops», deformados por el obstáculo del agua. Los invisibles hilos de los sujetadores magnéticos habían sido soltados. Ahora, el enorme aparato sobre el que iba tendido Kenneth se encontraba libre en el seno del mar.

Conectó los dos motores, y el rumor del agua al ser batida por las hélices, unido a la vibración del aparato, le demostró que todo funcionaba correctamente. El agua, al ser hendida por la roma proa del «marrano», formaba ante él ondas de movimiento visibles a simple vista. Los tres potentes focos del aparato, de gran poder de penetración dejaban escapar a raudales su luz, revelando a través de la lechosa densidad del agua la total carencia de animales vivos en aquel lugar. La radiactividad empezaba a ser intensa.

El contador empezó a señalar una U.D. Luego dos. Tres, cuatro, cinco... A medida que iba avanzando, la aguja recorría su camino hacia el final. La pantalla del radar señalaba cada vez más la proximidad de «la cosa». Cuatro mil metros, tres mil, dos mil... Kenneth, tendido en la parte superior del enorme aparato, fija la vista hacia adelante, parecía un hombre moviendo a su voluntad un enorme monstruo de aquellas profundidades. El tiempo iba transcurriendo.

-Aquí «Kraken» -llegó a sus oídos la voz del operador del submarino, a través de la radio-. ¿Todo bien?

Asintió, Sí, todo iba de acuerdo con el plan trazado. Movió los mandos, rectificando ligeramente el rumbo. Todo iba perfectamente...

De pronto, allí delante, muy distante aún, empezó a vislumbrar algo.

Cerró los focos del aparato, y quedó sumido en una completa oscuridad. Al principio no parecía nada concreto. Tan sólo una debilísima

luminosidad allí al frente. Pero a medida que avanzaba fue aclarándose, revelándose como un punto luminoso que iba aumentando de tamaño. El radar le indicó sin lugar a dudas de qué se trataba.

Era «la cosa».

Accionó los mandos, levemente fluorescentes en la oscuridad, y detuvo los motores. Impulsó los frenos de agua. El enorme aparato fue deteniéndose, hasta quedar inmóvil en medio del mar. El rumor de los motores se extinguió. Y un pesado silencio se extendió alrededor de Kenneth.

Con los mandos fuertemente apretados, inmóvil, sin respirar siquiera, Kenneth aguardó. Allí delante, avanzando por momentos, se encontraba «la cosa». Y él se encontraba allí, a lomos del enorme «marrano», aguardando. Como un cazador encima de su elefante, esperando que su presa se acerque para dejar caer el señuelo, la carnada.

Y Kenneth también dejó caer su camada.

Accionó una palanca que tenía frente a él a un lado, en el cuadro de instrumentos, y en la parte anterior del monstruo metálico se abrió una compuerta circular. La puerta de la ratonera. La corriente electromagnética impidió que el agua penetrara en su interior. Y aquel interior era una verdadera trampa. Una trampa con cebo, con señuelo; el queso preferido de «la cosa»: una caja conteniendo uranio radiactivo.

El «Compuesto 153» de las paredes había hecho hasta entonces que la radiación del uranio no traspasara el cuerpo metálico del «marrano». Sin embargo, ahora la compuerta anterior abierta dejaba escapar sus radiaciones. Radiaciones que se extendían libremente por el exterior, a través del agua,

Y llegaban hasta «la cosa».

La trampa había sido tendida. Pero ¿surtiría efecto?

Kenneth era allí el cazador. No podía disparar contra la presa, no podía matarla con sus propias manos. Pero podía inducirla a que cayera en la trampa que terminaría con ella. Ahora sólo quedaba saber si la víctima caería en ella.

Y«la cosa» cayó.

No era inteligente, y eso hacía que la ventaja estuviera de parte de Kenneth. «Olió» el uranio. Y varió repentinamente su dirección, lanzándose directamente hacia él.

A Kenneth le latió violentamente el corazón. Agarrado fuertemente a

los mandos del «marrano», comprobó, ora por la pantalla del radar, ora visualmente, la trayectoria de «la cosa». Sí, iba directamente hacia allí. Parecía que iba a conseguirlo, lo estaba consiguiendo ya.

A través del micrófono le llegó la voz de Halbein, desde el «Kraken», confirmándole sus observaciones.

-¡Bravo, capitán Williams! ¡Lo vamos logrando!

Kenneth se los imaginó. Halbein, Convair y la doctora, inclinados sobre la pantalla de radar, contemplando el acercamiento de las dos masas, de los dos puntos luminosos. No contestó. No hubiera podido contestar. Tenía la boca seca. Y los ojos no se apartaban de aquel espectáculo que probablemente no llegarían a contemplar otros ojos en toda la vida.

Allí delante, la masa fosforescente de «la cosa» empezó a delimitarse. Ya no era un punto, sino una mancha. Una mancha que aumentaba gradualmente, a medida que se acercaba. El contador iba marcando cada vez mayor cantidad de radiactividad. Quince U.D., dieciséis U.D., diecisiete U.D.... La masa se hacía más brillante cada vez, más grande, de bordes más precisos. Parecía la masa granulada del Sol cuando se le contempla a través de un telescopio. Pero informe, y con un brillo distinto al del Sol. Sin embargo, la semejanza era considerable. Estaba ya allí delante, cada vez más cerca, cada vez más próxima...

De repente, al igual que le sucediera mientras contemplaba el proyectil cohete de Cambria, una estremecedora idea asaltó el cerebro de Kenneth: ¿Y si no penetraba «toda la cosa» en el interior de la trampa?

Bruscamente, su frente se perló de sudor, y sintió frío en las manos. No había ninguna razón que hiciera que «toda la cosa» penetrara a buscar el uranio, su presa. Podía tan sólo penetrar una pequeña parte de ella, separándose de las demás. Y entonces...

Sus manos temblaron levemente, y tuvo que apretarlas fuertemente en torno al eje accionador de los garfios para tranquilizarse. Transcurrieron unos instantes de incertidumbre, mientras «la cosa» llegaba hasta allí. Estaban ahora casi juntos. Kenneth apenas hubiera tenido que recorrer un par de metros para poder hundirse en su masa. El contador señalaba veintiuna unidades de radiactividad. Y el contador interior del traje señalaba ocho décimas y media. Llegaba el momento decisivo. «La cosa» entraría toda ella en el interior del enorme depósito, cayendo en la trampa, o...

Pero «la cosa» no era inteligente, y eso vino de nuevo en ayuda de Kenneth. Además, existía la circunstancia de que, cuando mayor era el tamaño de «la cosa», más rápidamente perdía ésta su radiactividad. Y siendo así...

Del submarino le llegó, a través de la radio, la voz excitada del profesor Halbein:

-¡Williams! ¡Veo por el radar que las dos masas se han fundido en una sola! ¿Qué ha sucedido?

Esta vez tampoco contestó Kenneth. Tenía la boca completamente seca, y las palabras no le salían de los labios. Sus ojos contemplaban fijamente el lugar donde se encontraba «la cosa». No podía ver directamente la gran compuerta circular, pero sí a «la cosa». Y el trozo que de ésta percibía iba siendo cada vez más reducido. ¡«La cosa» estaba penetrando en el cilindro metálico!

Transcurrieron unos segundos de ansiedad. El corazón le latía fuertemente en el pecho. Parecía que todo salía bien, que estaba llegando ya al final. «La cosa» caía en la encerrona...

Pronto dejó totalmente de verla. Y entonces siguió los cálculos que había hecho poco antes. Teniendo en cuenta el ángulo de visión suyo con respecto a la compuerta de entrada, la velocidad de «la cosa» al penetrar en el cilindro, y las condiciones de este mismo, había calculado que transcurrirían unos tres segundos aproximadamente desde que dejara de verla hasta que penetrara totalmente en el interior de éste. Por lo tanto, apenas dejó de divisarla directamente, contó tres segundos, un cuarto de margen... y movió rápidamente la palanca que cerraría la compuerta de entrada al cilindro.

Se oyó un ruido fuerte y profundo al encajar la compuerta con la pared metálica. E instantáneamente, la fosforescencia de «la cosa», que escapara por la compuerta de entrada, dejó de percibirse.

Kenneth dejó escapar en el silencio reinante un grito que más bien fue un rugido de triunfo. ¡Lo había conseguido! ¡Había logrado encerrar a «la cosa»!

Desde el submarino, a través del micrófono, le llegó una voz que le ensordeció. Era la de Halbein, que chilló hasta casi desgañitarse:

-¡Kenneth! ¡Lo has conseguido!

Era más una afirmación que una pregunta, y Kenneth notó el

repentino tuteo. Afirmó con la cabeza, y luego apoyó su aseveración con un rotundo: «¡Sí!» Tenía la frente empapada de sudor, y las manos anegadas en líquido. Pero lo había conseguido. «La cosa» se encontraba allí, bajo su cuerpo, en el interior de aquel inmenso cilindro de metal. Prisionera.

Apoyó su cabeza entre los brazos, y dejó escapar un suspiro. Relajó todos sus músculos. Ya había terminado la angustia.

Sin embargo, todavía esperó unos minutos. Aún quedaba por hacer una comprobación.

Y no tardó en hacerla. Un aparato especial, conectado con el sistema interior de la doble pared, empezó a parpadear repentinamente. Kenneth sabía lo que aquello indicaba. «La cosa», al verse prisionera, había atacado a la pared, abriendo un orificio en ella. La lucecita brilló unos segundos. Luego, bruscamente también, volvió a apagarse. El compuesto había actuado, y con él el «coagulador». La pared había vuelto a quedar cerrada, después de haber penetrado en el interior del cilindro una determinada cantidad del compuesto, que había alejado a «la cosa».

El compuesto había hecho su efecto. Y «la cosa», a pesar de sus intentos, seguía herméticamente encerrada dentro de su jaula especial.

El regreso al submarino, transportando su carga, fue fácil. El enorme «marrano» fue de nuevo afianzado en la parte inferior del submarino por los sujetadores magnéticos, y Kenneth volvió a penetrar en el «Kraken». Tuvo que someterse a un proceso de purificación radiactiva, ya que había acumulado en su cuerpo casi nueve décimas de U.D. a pesar del traje, pero aquello no constituía ningún peligro. Por primera vez se usó el Compuesto 153 para eliminar la radiactividad en el hombre. Y en dos minutos Kenneth realizó una operación que, siguiendo el método antiguo, le hubiera retenido más de veinte minutos el llevarla a cabo.

Así, pronto pudo encontrarse de nuevo entre Halbein, Convair y la doctora Alder. Los dos hombres le tendieron la mano, felicitándole por el éxito que a todos pertenecía. Y la doctora, muy poco diplomáticamente, le premió echándole los brazos al cuello, y le obsequió con un sonoro beso.

Kenneth quedó unos instantes desconcertado por aquella acción, que no se esperaba, y Halbein y el mayor sonrieron socarronamente. Kenneth enrojeció. Fue a decir algo, pero sólo le salió un balbuceante:

-Gracias, doctora.

La doctora Alder se echó a reír.

-Puede llamarme simplemente Diana -respondió-. Después de todo, creo que se lo ha merecido...

* * *

Sin embargo, aquello no fue todavía el fin de todo.

El verdadero fin se produjo dos días más tarde, en la base de proyectiles dirigidos de Cabo Cañaveral.

El haber apresado a «la cosa», con todo y ser una hazaña considerable, no significaba todavía la victoria final. Según los cálculos hechos, «la cosa», después del último «esfuerzo» de radiactividad recibido, tenía todavía «vida» para algún tiempo. La radiactividad que almacenaba en su cuerpo se le iría desprendiendo muy lentamente, y tardaría aún más de quince días en los que alentaría lo suficiente, en los que aún no «moriría» por completo. Y durante estos quince días, ¿quién podía asegurar que no encontraría alguna manera, algún medio de escapar de la prisión en que se le había encerrado? Era preciso buscar algún medio, enviarla a algún lugar desde el que, aunque pudiera escapar, no pudiera llegar a convertirse de nuevo en una amenaza para la Tierra. ¿Cuál era este lugar? Sólo había uno: el espacio.

Y así, el enorme depósito que contenía en su interior a «la cosa» fue colocado en el interior de un enorme cohete espacial, rodeadas también sus paredes de una capa intermedia de «Compuesto 153». Y dos días más tarde, en la gran base de lanzamiento de Cabo Cañaveral, se efectuaba el disparo del proyectil que llevaría a «la cosa» al espacio, y el cual sería, de ahora en adelante, su tumba.

Halbein, Kenneth, Diana Alder, el mayor Convair y una nutrida representación del Alto Estado Mayor militar presenciaron el lanzamiento. Permanecieron allí, observándolo, hasta que los aparatos registradores indicaron que el aparato había salido de la Tierra en órbita libre, dirigiéndose en rumbo abierto al espacio infinito. Luego, una vez finalizado aquel último deber, vinieron las recompensas. Los discursos, las condecoraciones, más menciones honoríficas, las medallas. Kenneth, Halbein y la doctora Alder fueron durante semanas los tres héroes nacionales en todo el mundo. Una vez conjurado el peligro, pudo divulgarse, dentro de los límites de la reserva militar, los hechos al público de los Estados Unidos y del mundo entero. Y así terminó todo.

Aunque, ¿fue aquello realmente el fin del asunto?

No. Y Halbein fue el primero en demostrarlo.

-«La cosa» -dijo, en una reunión que sostuvieron él, Kenneth, la doctora Alder, Convair y algunos otros miembros del ejército- provino originariamente de una explosión atómica que nosotros, el ejército de los Estados Unidos, produjimos. Y así como lo hicimos nosotros, también la pueden llevar a cabo otras potencias.

-¿Y qué?

-Pues que nosotros nos hemos limitado simplemente, al damos cuenta del peligro que nosotros mismos habíamos creado, a intentar destruirlo por todos los medios. Y al final lo hemos conseguido. Pero ahora podemos hacemos una pregunta: ¿Cabe pensar en si otras potencias, en nuestro mismo caso, hubieran procedido del mismo modo como lo hemos hecho nosotros?

Hubo un silencio en la sala. Nadie sugirió nada. Halbein continuó:

-Nosotros hemos logrado vencer a «la cosa», hemos encontrado un arma que la ha derrotado. ¿Quién nos dice que al igual que nosotros hemos encontrado un elemento que inmoviliza a «la cosa» alguna otra potencia no puede hallar algún otro que actúe en un campo completamente opuesto al nuestro, es decir, activándola, aumentando su ciclo vital hasta llegar a convertirla en un ente medianamente inteligente, lo suficiente como para poder obedecer órdenes primarias recibidas desde el exterior? No quiero pensar detenidamente en ello, pero sí quiero hacerles resaltar el arma terrible en que se convertiría, si la poseyera alguna potencia dotada de instintos belicosos.

Uno de los asistentes a la reducida reunión movió dubitativamente la cabeza.

-Creo que va demasiado lejos, profesor Halbein.

El aludido se limitó a sonreír.

-¿Por qué? ¿Por qué les he planteado una cuestión en la que ninguno de ustedes se le había ocurrido pensar hasta ahora? Todos ustedes afirman que con el envío de «la cosa» al espacio hemos llegado al fin del asunto. Yo discrepo. Creo que esto es tan sólo el principio. Y así como nosotros logramos experimentar la bomba «W» primero que otras potencias, es indudable que alguna de éstas no tardarán en seguimos. Con la plausible suposición de que pueden incluso llegar en poco tiempo a aventajarnos. ¿No dice el refrán que

«más vale prevenir que curar»? Pues entonces, ¿qué inconveniente hay en que intentemos prevenir lo que, al menos en parte, es seguro que no tardará en suceder?

Siguió un silencio. Los altos jefes militares se miraron entre sí. Cambiaron algunas frases en voz baja. Y luego volvieron su atención hacia Halbein.

-En el fondo tal vez tenga razón, profesor -indicó uno de ellos-. Pero, ¿qué es lo que propone usted con este discurso?

Halbein volvió a sonreír. Se encogió ligeramente de hombros.

-Nada de importancia, señores. Sólo que por mucho menos de lo que les estoy exponiendo se han iniciado investigaciones científicas con la protección del ejército. Apenas conocemos nada en lo referente a «la cosa», exceptuando su constitución primaria y su principal punto débil, el Compuesto 153. ¿Qué sabemos de lo demás, de sus propiedades, de la forma en que usa y transforma su radiactividad, pudiéndola cambiar de activa en pasiva y viceversa, de su constitución íntima, de su desarrollo y formas de reproducción, y tantas otras cosas que ni siquiera llegamos a imaginar? Aparte de su indudable cuestión bélica o seudo-bélica, que ya les he expuesto, existen indudables fuentes de información que pueden conseguirse con el estudio de este nuevo ser vivo que hemos creado, en un principio contra nuestra voluntad. No todo ha de ser peligroso en ello. Y así como en un principio la radiactividad era algo incontrolable a nuestras manos y ahora se encuentra completamente dominado, ¿quién nos dice que no lograremos también dominar completamente a «la cosa», y convertirla en algo que pueda ser elaborado para fines pacíficos y no destructivos? Hay muchos campos, tanto imaginables como inimaginables, que pueden derivarse de un detenido estudio e investigación de «la cosa». ¿No creen ustedes que, después de lo que les he mencionado, vale la pena invertir un poco de tiempo, unos cuantos hombres y algunos miles de dólares en una empresa que puede dar, con el tiempo, frutos beneficiosos e insospechados? Recuerden que esto que ustedes creen que es el final, lo repito, no es más que el principio, un nuevo y esplendoroso principio...

Miró a un lado, y vio a Kenneth y a la doctora Alder que, al conjuro de sus palabras, se miraban fijamente a los ojos y sonreían.

Él también sonrió. Ante él, los demás reunidos empezaron a discutir

entre sí. Algunos de ellos afirmaban enérgicamente con la cabeza, en apoyo de sus argumentos. Otros, reacios aún, dudaban. Y a un lado, Kenneth y Diana Alder, mirándose aún a, los ojos, se abstraían del resto. No decían nada, pero sus ojos eran mucho más expresivos que todas las palabras del mundo.

Y el profesor Halbein volvió a sonreír. A la vista de aquella escena, le invadió una súbita confianza en sí mismo. Sí, no cabía duda, se dijo. Aunque los demás no llegaran a admitirlo, aunque lo negaran, él tenía razón. No estaba equivocado.

Aquello era tan sólo el principio...

FIN

197

Los jinetes del Apocalipsis galopan de nuevo sobre la faz de la torturada Tierra. Hambre, peste, miseria y muerte se abaten sobre el mundo. Mientras densas nubes radiactivas cubren el globo aniquilando todo a su paso, una nave espacial viaja, entre Marte y la Luna, de regreso a la Tierra con un grupo de turistas. Su comandante, Gustav Bettelheim, siente la inquietud torturante del corazón mientras en vano espera recibir noticias de la Base Lunar...

LUNA ENSANGRENTADA

es el título de la nueva novela de

VAN S. SMITH

el inolvidable autor de «CITA EN LA LUNA»

En esta nueva creación,

VAN S. SMITH

presenta los últimos días de una Humanidad condenada irremisiblemente al total exterminio. Sólo unos pocos hombres podrán salvarse buscando refugio en el lejano y moribundo Marte. Pero mientras toda la Humanidad sueña en alcanzar ese lejano mundo de salvación, sólo dos naves de limitada capacidad podrán transportar un puñado de refugiados. ¿Quiénes serán los elegidos?

Vea esta emocionante narración en el próximo número de la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 6 pesetas

Notes



Unity of danger (unidad de peligro). Empleamos esta denominación arbitraria para designar una unidad, a partir de la cual la radiación es ya peligrosa para los seres humanos. Es decir, una unidad que expresa el tope de la inocuidad de la radiación. Con todo, deseamos aclarar que se trata de una medida totalmente arbitraria, la cual hemos adoptado solamente ante la imposibilidad de emplear en este caso las medidas habituales para designar tan grandes cantidades de radiactividad. (N. del A.)



Los “marranos”, como eran denominados por los propios soldados, eran verdaderos submarinos en miniatura, y fueron usados en las incursiones submarinas realizadas por el ejército italiano. Consistían en un tubo largo como el de un proyectil, en cuya parte superior iba una torreta con los mandos. El que lo guiaba (generalmente eran dos) iba montado a horcajadas sobre él, como un jinete.